

Tercera Parte

La pluma de Hostos

1. Literatura insular peninsular

Conocemos el impulso peninsular en que aparece la literatura insular puertorriqueña. Todo a lo largo de su pertenencia al imperio español, lee e imita modelos peninsulares, pudiendo decir con Montalvo: “la literatura española, que es la nuestra...” (*Mercurial Eclesiástico*) Todavía Tapia habla de “nuestro gran Quintana”, identificándose con el renombre del gran clásico del momento.¹ Está en plena vigencia aún el romanticismo, a que Tapia pertenece, lo mismo que el grupo barcelonés, que, puertorriqueñizando aguinaldos, álbumes de fin de año, cancioneros y almanaques peninsulares en boga, inaugura una literatura puertorriqueña propiamente tal. No sin razón Barcelona es la cuna, puesto que, con el gran momento romántico barcelonés,² coincide la presencia en él del talento juvenil humanísticamente mejor cultivado de Puerto Rico.

Tanto la juventud peninsular como la isleña profesan la misma idolatría romántica, europea y española. Sobresale en el grupo boricua barcelonés *El Gíbaro*, de Manuel A. Alonso, y en la isla, como vimos, toda una generación femenina y masculina literariamente tan atareada, que Eugenio María buscará afanosamente sobresalir en la gloria por la que ya luchan tantos isleños como él. Cuando llega por primera vez a Madrid en 1857, conocía completamente, lo dice él, a Byron y a Espronceda.³ Era de rigor en aquella constelación de competidores.

El cálido Mar Caribe, esmaltado de islas ancladas, cual plataformas edénicas, prolifera más en literatos que en pensadores.⁴ De hecho, las seis conferencias de Tapia sobre estética y literatura⁵ son la más ambiciosa teoría sobre la forma que conoce el Caribe decimonónico.

Señalando hacia el grupo boricua de Barcelona, y hacia Tapia, es como Menéndez Pelayo se refiere a la aparición en Iberoamérica de una literatura puertorriqueña. Cuando, por los años ochenta, se refiera

Hostos desde Santo Domingo a la literatura de La Española, como que “nuestra literatura está en la infancia”,⁶ la puertorriqueña, con su intercambio con la de la Península, ha conseguido rápida adolescencia, juventud y madurez. Y cuando escriba Antonio Cortón (1898) *Las letras del siglo XIX*, Salvador Brau es miembro correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, y anteriormente José Julián Acosta había sido Académico de la Real Academia Española de la Historia.

1.1. Escritor español

Sabemos que Tapia se identifica a sí mismo como “puertorriqueño español”. Lo mismo hacía el ilustre jurista cubano Calixto Bernal, socio del Ateneo madrileño en los mismos días en que Hostos se siente igualmente español por aquellos pasillos. El autor de la *Teoría de la autoridad aplicada a las naciones modernas (1856-1857)*,⁷ se considera “español cubano”. Y, en realidad, si cubanos y puertorriqueños tenían común nacionalidad española, también pertenecían a ese mismo momento literario español.

Tan valiosa investigación sobre el romanticismo español como la de la profesora puertorriqueña Iris Zavala, no incluye a puertorriqueños. Sin embargo, sí los incluye el peninsular Ferreras en su recuento de novelistas españoles del siglo XIX. Entran en su catálogo peninsular Manuel A. Alonso, Hostos, Degetau, y algunos más.

El menos puertorriqueño de los escritores puertorriqueños de la centuria es Hostos; en el sentido de que es el más ausente de la Isla. No sin razón, menciones que se hacen de él, pueden designarle como “filósofo español que nació en Puerto Rico”,⁸ o como “notable pensador evolucionista que nació en Puerto Rico”.⁹ Sabemos que, al morir Hostos en Santo Domingo en 1903, donde menos se sabe que ha muerto es en Puerto Rico. Es donde nace, pero no donde escribe, ni publica, ni se le publica. Escribe y publica en España, y entre Norteamérica y Sudamérica. Aproximadamente, durante la mitad de su vida, durante treinta años, se siente español, vive física y mentalmente en España, polemizando, asociándose y escribiendo.

1.2. Escritor solitario

El conocimiento tardío que muestra Azorín de la existencia de Hostos, a través de la reciente y sucinta monografía de Pedreira (1932), lo manifiesta el 9 de enero de 1933 en *La Prensa* de Buenos Aires: “Hostos es una figura simpática a españoles y americanos”. Lo de ‘simpática’ denuncia el cumplimiento del recién informado, así como el acento hispanoamericanista que, siguiendo a Balseiro, le ha puesto también Pedreira.

Otro tanto sucede con quien redacta las líneas en la Enciclopedia Espasa (1935).¹⁰ ‘Notabilísimo’ ciertamente no lo era por esas fechas. La intensa reivindicación que hacen después escritores puertorriqueños,¹¹ resaltando el lugar de su nacimiento por encima de tiempos y de lugares en que realmente existió y actuó, comienza, sobre todo, a partir del centenario de 1939. Y semejante puertorriqueñización de Hostos no se ha hecho siempre sin detrimento de la investigación crítica de sus páginas, elaboradas y redactadas en escenarios muy diferentes: la Península, Norteamérica, Sudamérica y República Dominicana.

Por lo que toca a su larga permanencia en España, no consigue el renombre de escritor que había ido a buscar allí en 1862-1863, siendo un desconocido en el continente sudamericano mientras permanece en España. Se da el caso que figuras peninsulares que él trata, sí son figuras literarias para Latinoamérica. Cinco años después de muerto Hostos, escribía Unamuno en 1908: “En América soy el español de más autoridad”. El periodismo antillano del joven Eugenio María en España, no le produce resonancia literaria alguna en Hispanoamérica. No obstante, hay escritores latinoamericanos que sin vivir en la Península como él, mantienen más vínculos literarios con los mismos escritores españoles con quienes Hostos convive casi a diario.

Conocemos el resentimiento que lleva consigo cuando abandona España hacia el “triste Castelar”, que él dice.¹² Sin embargo, tan renombrado orador cuenta con demasiados admiradores en Latinoamérica, incluidos buenos puertorriqueños. Nada menos que Rubén Darío llega (1883) a la casa de Castelar “con la emoción que Heine sintió al llegar a casa de Goethe” (*Autobiografía*). Otro egregio hispanoamericano, Montalvo, brinda ese mismo año ante Castelar

con la misma admiración: “España, a la hora ésta, no tiene enemigos ni aborrecedores entre los hispanoamericanos, y éstos serían injustos e ingratos si hoy se quejan de los españoles. Esta casa, esta misma mesa donde algunos de ellos se ven honrados, son prueba de unidad”. Es hora y fecha en que Hostos vive en Hispanoamérica de espaldas a la Península, cuando relevantes figuras viajan para homenajearla.

Se nos ocurre que algo tiene que ver en la antipatía de Hostos hacia la lírica y la oratoria, asociado a la admiración generalizada por el verbo arrebatador de Castelar, con largo historial de caerle a él mal.

Juan Montalvo, “el escritor más puro de la América Española”, según Rubén Darío, se relaciona personalmente con Castelar, con Valera, con Cánovas, con Sagasta, con Salmerón, con Núñez de Arce, y con Ruiz Zorrilla, con la mayoría de los cuales mantiene Hostos en Madrid relaciones meramente laborales y políticas. No participa en la comunión literaria hispanoamericana.

Valera, con quien Hostos se roza periodísticamente, no sólo prologa a Montalvo, sino que el 18 de julio de 1883 formula esa comunión: “Entiendo como usted que los españoles de Europa y América podían dividirse en diez, doce o veinte repúblicas independientes y distintas; pero la literatura será una y se llamará española. Todo americano español que escribe bien lisonjea su vanidad de casta, que no la hay mayor y más fundada que la nacional”. Tono que mantendrán ilustres escritores boricuas, por ejemplo, José S. Alegría, muerto Hostos. Es uno entre los varios puertorriqueños panegiristas de la lengua española frente a la inglesa. Hora y fecha, la de las palabras de Montalvo y de Valera, en que Hostos, de fuerza creadora dispersa,¹³ anda lejos de tales sentimientos étnico-literarios ensalzando el idioma de Shakespeare frente al castellano.

Las relaciones literarias de un escritor de la valía de Montalvo, se extienden hasta Lamartine, Víctor Hugo, Rubén Darío, César Cantú, Pardo Bazán, Unamuno, Menéndez Pelayo... Ramón Emeterio Betances, incluso, político y literato, comunica a Montalvo el 20 de septiembre de 1880 “la grandísima satisfacción de recibir las obras preciosas”, que el clásico ecuatoriano le ha enviado.

El aislamiento del Hostos escritor tiene que ver con su soledad en general. La conocemos ampliamente; pero vamos a complementarla desde la vertiente literaria.

1. 3. Escritos peninsulares de Hostos

Reseñamos en su lugar apropiado la labor del escritor Eugenio María Hostos en España, antes y después de *La peregrinación de Bayoan*, cuyo proceso de elaboración y de publicación analizamos también. Es la obra sobresaliente en el periodo español del escritor, sobre la cual, a juzgar por el análisis que hicimos, se han ido acumulando idolátricas inexactitudes.¹⁴ Es también la obra que ha sobrevivido completa de su periodo español.

A propósito de las obras perdidas de Eugenio María, es un secreto difícil de explicar por qué la familia de Hostos no lo esclareció a su debido tiempo,¹⁵ aunque pudiera ser que no estén perdidas, sino desaparecidas.

A *La novela de la vida*, el mismo Hostos, reduciéndola al resumen que publicó como colaboración periodística, no le dio seguimiento editorial. A medida que pasaba el tiempo fue restándole méritos a escrito tan primerizo, dejándola de considerar incluso, como obra. De *La resurrección social, o Memorias de un hombre cautivo en las Islas Palaos*,¹⁶ dimos la explicación de su retiro de circulación por razones políticas. *La tela de araña* la descubrimos nosotros en un conjunto de manuscritos de la Real Academia Española de la Lengua en 1991.¹⁷ De la traducción de Proudon, que no debió de pasar de un plan editorial a plazos, ‘lento’ dice Hostos, si es que, al no incluirla en su lista de manuscritos e impresos en 1874, no había vendido la traducción del primer tomo para salir de angustiosos apuros para su bolsillo, o no es suya la traducción castellana que se publicó de *La Justicia*.¹⁸ Hablamos también en su debido lugar de colaboraciones de prensa que son auténticos ensayos, como las de la ambición política, la de las nacionalidades, la del diálogo entre la razón y la imaginación, etc., de las que no vamos a repetir lo dicho.

1. 4. Artículos literarios

Durante su larga estadía en la Península, Eugenio María dedica su tiempo, sobre toda otra cosa, a escribir para los periódicos. Es su medio de vida y, tal como dice en la crítica que hace sobre Giner literato, dirigida al poeta Ruiz Aguilera, “alejo las ocupaciones que me asedian y que me impiden leer”.¹⁹ Dirá en otra ocasión que no le queda tiempo para el libro; apenas para sobrevivir, trabajando al ritmo de menesteres que conocemos, para costearse, y entre deudas que no acaban, sus angustias en Madrid, en Barcelona y en París.

Dimos cuenta en su sitio de sus colaboraciones literarias: *Cartas a un muerto*, *El calabozo*, *Monólogo de un sediento...* Referencia genérica en su catálogo de obras impresas (1874) es que, sobre todo, ha escrito artículos ‘políticos y literarios’; como “los artículos literarios” para *El Cascabel*, entre 1864 y 1866 (2,210). Se refiere también a tales artículos de carácter literario publicados en más periódicos, que conocemos. Como también sabemos que hay que tomar en sentido amplio lo de ‘literarios’, tal como dijimos a propósito de sus colaboraciones bajo pseudónimo en *El Cascabel*. Considera ‘literarias’ también colaboraciones filosóficas.

No obstante, sus páginas más literarias, después de las de creación, son éstas en que se atiende a la crítica literaria. Conocemos las que hace a las primicias literarias de Giner, a *La Cuarterona* de Tapia, a Juan Pablo Richter, a Ruiz Aguilera.²⁰ A las bellas letras pertenecen también las que dedica a la crítica musical, como la que hace de Barbieri,²¹ así como la que hemos visto en páginas anteriores sobre el concierto en El Elíseo de Madrid.

Indicativo de su afición por la gran música es su apreciación de “el Rosmini de la psicología dramática”, Rossini.²² En el acto conmemorativo, con motivo del centenario de Hostos (1939) en el Ateneo de San Juan, se dejó oír la música de Rossini. Y con motivo de la muerte del gran compositor, Hostos, en España, se había identificado con el gran italiano y con España. “En nuestra tierra de España ha sido más admirado y más aplaudido quizás que en otra alguna...”.²³ Aún están activos en esa fecha los sentimientos españoles de Eugenio María. Ahí están las expresiones “nuestro teatro”, “nuestra dramática”, “nuestra tierra de España”. Demuestra haber interiorizado

el *Stabat Mater*. “Popular *Stabat* que ha dado la vuelta al mundo, sin dejar iglesias ni salones en que no haya sido oído con recogimiento o aplaudido con entusiasmo, y, en efecto, *cujus animam*, y el *inflammatus* son los trozos que nada dejan de desear en vigor, en elegancia y en ternura”.²⁴ Eugenio María hace demostración de ser oyente escrutador, de conocer la historia de la Ópera, así como, en particular, la trayectoria de Rossini. El consejo de redacción de la prensa en que colabora, no hubiese acogido sus colaboraciones sin tales requisitos.

Tal como sucede en París con sus observaciones sobre Corneille y Molière.²⁵ de espectador avezado y culto, demuestra que la literatura representativa, a pesar del estado desesperante de su bolsillo, le ha venido fascinando.

1. 5. Aproximación a Hamlet

No tiene suficiente conocimiento del idioma inglés en España para leer directamente a Shakespeare. Al igual que Tapia, tiene que leerlo a través de traducciones francesas. Eugenio María tiene que dedicarse al inglés cuando llegue a Nueva York, aunque no conseguirá hablarlo a perfección. Escribe en Nueva York (1,245) en 1870: “yo no sé el inglés, pero me he propuesto aprenderlo”.

Conocemos los esfuerzos de Alejandro Tapia en San Juan (donde la Compañía de doña Dolores Alegre de Belaval estrena (1857) *Romeo y Julieta*), por no conocer el inglés hasta el punto de que le permita leer en directo a Shakespeare. Ya a sus trece años, estudiante con el maestro Rafael María, el fundador del teatro puertorriqueño inicia una traducción de *Hamlet*, llegando hasta la escena de los sepultureros.

Cuando Eugenio María decide (1873) dar retoques finales a sus apuntes sobre *Hamlet*, los lleva encarpitados²⁶ desde sus años en España. Son años de su mayor acopio temático. No en vano recuerda como han visto a Hamlet “el manso Moratín”, así como “el iracundo Goethe”; porque amplía el inicial y parcial conocimiento romántico que tenía del autor de *Wether. Faust* y *Werther* le habían llevado a *Bayoan* porque ambos personajes clásicos son referente imprescindible para personajes análogos. Andan presentes

dondequiera, en la gran prensa, en el Ateneo, en las tertulias literarias.²⁷

“*Werther* y *Goetz* eran el reflejo de un alma agitada por fuertes tempestades, por pasiones sombrías, que no encontrando en el mundo su satisfacción, busca en la muerte o en el recuerdo de lo pasado el alivio de sus penas. Este fenómeno no es individual; se presenta en casi todos los hombres en el primer periodo de su juventud, y reconoce por causa la vaguedad de las pasiones que empiezan entonces a sentirse y que mientras no se determinan señalando un objeto a la nueva energía que entonces alcanza nuestra actividad, produce un malestar vago, esa melancolía que todos hemos sentido con más o menos intensidad, y que ha sido como la fuente de nuestras poéticas inspiraciones. Razón sería el que en esta época de su vida no haya derramado demasiado, bajo distintas formas artísticas, los tesoros de su imaginación. Para este periodo de vaga misticidad y de indeterminado sentimiento la reflexión se apodera de todos los actos de la vida, anunciándonos que ha llegado la hora del reinado de la razón. Entonces sólo los elegidos persisten en el sendero del arte, convirtiendo hacia él todas las fuerzas del espíritu...”²⁸

Esa atmósfera generalizada de acercamiento a tan grandes clásicos es la que respira en Madrid Eugenio María. El desahogo que transmite en su *Diario* el seis de abril de 1872, mortalmente herido de pasión por otra muchacha más, no es tan improvisado como pudiera parecer a primera vista. Conocemos sus titubeos eróticos, que esta vez prefiere manifestar a través de la relación Hamlet-Ofelia:

“He pasado todos estos días ahogando en el trabajo la tristeza que me circunda; he escrito algo de lo que pienso sobre Hamlet; obra fácil para mí, que me encuentro desde hace tiempo en la situación mortal del héroe de Shakespeare. ¿Qué es lo que le hace infeliz? El detenerse demasiado en el estado de transición en que se encuentra; en pensar demasiado lo que ha de hacer y el no hacer lo que quiere. ¿Qué es mi vida, sino ese infame estado?” (2,56).

Hace años que su existencia es la de Hamlet, zarandeado desde mil direcciones, también desde la de Eros, “amando sin amar”, que él dice de sus dieciocho años.

Fuimos siguiéndole, desde 1839, hasta que se metamorfosea de *Bayoan* y lo que acontece después. No está improvisando en “estos días”. Lleva años con *Hamlet* a través de traducciones francesas, a modo de ‘daimon’ que le dicta cómo es Ofelia, y para qué (*Ibid.*); para influir unos instantes y desvanecerse. Se ve tan indeciso Hostos, que él nunca hubiese llegado a matar al tío. La mujer diferida se llamaba, para él, a lo largo de decenios, *Ofelia*.

Sus noches sobre las páginas de Shakespeare se remontan a sus mejores días de lector madrileño de revistas y de prensa europea en el Ateneo; de oyente de conferenciantes de altura, de visitante de librerías con lo último acabadito de llegar de Francia.²⁹ En esa librería, aunque sabemos de más librerías madrileñas que vendían sólo literatura francesa, sitúa el autor de *La España trágica* a su personaje madrileño devorador de libros, incluidos los de “las constelaciones de la antigüedad clásica, Homero, Virgilio, Esquilo, el cual, como de la mano, le llevó hacia el grupo estelar de Shakespeare, *Otelo*, *Hamlet*, y *Romeo y Julieta*”. Ni que estuviese refiriéndose, bajo otro nombre, al propio Eugenio María.

En librerías transpirenaicas en Madrid, como ésa de Durán, pueden haberle resultado decisivas las colaboraciones, aquí y allá de Paul de Saint-Victor, muerto en 1881, de quien sabemos que traduce *Don Quichotte*.³⁰ Pista nada deleznable.

La invitación a Shakespeare desde el estimulante crítico literario francés resulta atractiva.³¹ En presencia de tal y tanta genialidad “no se sabe si se escucha sonidos o palabras, pensamientos o melodías”; tienen algo de infinito y de universal, y pertenecen al grupo indivisible formado por Homero, Esquilo, Job, Dante...

“Ejerce hoy sobre la literatura europea la influencia que uno de los cuatro elementos sobre el globo; eleva pueblos e inteligencias; fecunda mundos espirituales; literaturas enteras han salido de él. Empleando el barbarismo de Emerson, puede decirse que hoy el mundo entero está ‘shakespearizado’”.³²

“Así como ha exhumado la historia, Shakespeare ha penetrado el alma humana; ilumina todos sus arcanos, hace vibrar y revibrar todas

las cuerdas, la vira y revira en todos sus aspectos. No hay pasión que no haya pintado, un carácter que no haya encarnado en personajes tan completos, tan enteros, tan definitivos, que su nombre se ha convertido en el del sentimiento que expresan. Los celos toman por máscara trágica la fisonomía del Moro de Venecia; el amor compartido se asoma por el balcón de Verona como sobre pedestal inmortal con el grupo de Julieta y Romeo bañado en luz de la aurora. Es bajo la fuerza de Hamlet que la duda, cráneo en mano, consigue elevar todo el pensamiento moderno...”.³³

El joven Hostos está sometido en Madrid a ese influjo insoslayable de europeísmo shakespeariano.³⁴ Su decisión de expresarse al respecto pudo haber sido el estreno de la ópera de Gounod, *Romeo y Julieta*, el 27 de abril de 1867 en el Teatro Lírico de París. Al inundar la prensa europea del momento con la crítica musical, Hostos ve también la oportunidad de enviar a *Las Antillas* el 25 de agosto siguiente otra de sus colaboraciones.

Si cinco años después su ensayo sobre *Hamlet* le merece de Menéndez Pelayo el mejor de los juicios literarios que se haya hecho sobre ninguna de las páginas de Hostos,³⁵ merece ese veredicto gracias a los años que le lleva meditarlo y elaborarlo. Y *Romeo y Julieta* parece haber sido el momento de manifestar en público que Shakespeare le interesa.

1. 6. Romeo y Julieta

Los ‘caracteres’, conseguidos, o no, en los personajes, es tópico obligatorio en la literatura de representación, como es la teatral. Es natural que Eugenio María adopte el sistema métrico en uso, repitiéndolo en la misma página, como ésa donde realza los del ‘gran’ Molière, o los del ‘fuerte’ Corneille (I, 158-59). No es otro el secreto de Shakespeare : su incomparable laboratorio de caracteres. ¿Habrá manera de penetrar su secreto? —se pregunta a propósito de los amantes de Verona.

“En Shakespeare, como en la vida, esta aproximación de caracteres, esta generación de un completo por varios incompletos, esta creación de una personalidad afirmativa como elementos dispersos de

personalidades negativas, es frecuente. ¿La producción, la adivinación de la inspiración, es resultado de un trabajo sistemático del entendimiento? Este problema provocativo, por cuyo lado pasan sin detenerse los críticos y biógrafos del trágico, puede resolverse afirmativa y negativamente al mismo tiempo [...]. Cuando Shakespeare forma varios caracteres de un solo, uno de varios, y hace de las partes un todo completo, y del todo una afirmación decisiva que no se encuentra en las partes dispersas, el autor de *Hamlet* retrata la realidad, y acaso presiente la verdad; pero ni llega a ella ni expone en un axioma de biología moral”.

Sencillamente, realidad; fidelidad a la realidad, a toda su complejidad. Evidentemente, el trágico inglés es consultorio íntimo de Eugenio María para su sentimiento trágico de la vida. Hay autobiografía en su ensayo. ¿No se considera hecho de contradicciones? Si se siente contradicción viviente, ¿cómo no va a encontrar alivio releendo a quien señorea de esa forma la contradicción?

Según Eugenio María, el “carácter soberano entre todos los que intervienen en la acción”, es el de Fray Lorenzo. Leyendo esta obra de Shakespeare, refleja su concepto de la relación erótica entre jóvenes; frívola, repleta de ‘tonterías’. No es de extrañar, por eso, que someta a moraleja la “pasión irreflexiva”, e “irrefrenable” de los amantes: “nada hay que separado de su uso útil, no degenera en su naturaleza primitiva y no se convierta en mal”. Sería el juicio diferencial de Hostos con relación a otros que circulaban en la crítica europea de la obra en ese momento; juicio de marcada tendencia puritana en materia erótica, tal como conocemos que lo profesa él en esas calendas.

No hay menos autobiografía en la conclusión de su ensayo: “meditar es mofarse benévolamente de las imperfecciones propias; llorar es arrepentirse, ante la razón como ante la religión; arrepentirse es salvarse; salvarse es ponerse la conciencia delante de los ojos”.

En la autobiografía de contradicciones, tal como ve Hostos la suya ³⁶ llega a decir que “nunca ha tenido que arrepentirse, pese a que no hay nada más fácil que irle señalando arrepentimientos en su *Diario*. Ni es menos contradictorio su aforismo de salvación. Con su conciencia en la mira constante, destila su pluma, más de una vez,

maldición y desesperación; desafiando a duelo, pistola en mano, un si valdría, o no la pena suicidarse,³⁷ eclipse en la razón de seguir viviendo.

La pregunta es: ¿Destino, fatalidad, providencia? Está de regreso a su diálogo entre la razón y la imaginación, conducido hacia territorio heracliano-krausista de armonía y síntesis de opuestos.³⁸ Sabemos que él, asimismo, se juzga, contradictoriamente, optimista-fatalista (1,82). Pero, en teoría, ni destino ni fatalidad, ni providencia, sino ley de vida universal en *Romeo y Julieta*. Conocemos también su correspondiente metafísica krausista acerca de la casualidad y del mal.

Lo que cuenta en la obra de Shakespeare son los hechos, y éstos son “contrarios al aparente designio de la casualidad-providencia, o de la providencia-casualidad”. No los explicaría semejante polaridad metafísica. Nada trascendente explica nada a un krausista, por lo que resulta insolvente la metafísica tradicional que subyace en Shakespeare.

“Para mí, la consecuencia es indecisa; si el portentoso trágico se propone demostrar la libertad del hombre por la libertad del hombre, por la libertad en que está de crear el mal o el bien, su ruina o su ventura; casualidad, si sólo intentó burlarse de la impotencia del hombre cuando hace de su vida un monumento de pasiones que en el instante de lucidez de conciencia se derrumba y lo anonada”

A la hora de formular el contenido trágico, se neutralizan entre sí tanto el moralista como el angustiado por temperamento. “La providencia es casualidad de los irreflexivos, o la casualidad providencia de los frívolos”. Pero, ¿lo dice Shakespeare, o cabe decirlo a propósito de Shakespeare? “¿Será el pensamiento fundamental de su tragedia un sarcasmo disimulado a la imposible providencia, o una maldición a la casualidad entrometida? Ningún crítico se ha puesto a averiguarlo. Para mí, la consecuencia es indecisa...”

En una de sus lecturas, la de Saint-Victor, tenía la misma pregunta sin respuesta. ¿Quién, o qué, en definitiva es Hamlet? Conclusión, parece ser ésta; si ni la vida ni Shakespeare teorizan, sino que se atienen sencillamente a los hechos, simplemente... los hechos.

2. Hostos literato

Luego de aproximarse a Shakespeare, disminuye la dedicación literaria de Eugenio María; si es que es pura literatura su aproximación a los ‘caracteres’ del gran trágico. Excepciones aparentes, como la de *Plácido*, “una de las mejores obras escritas en América”,³⁹ no es tampoco literatura exenta, sino, como en *Bayoan*, literatura política. Excepción que sí confirma la regla son sus pequeñas composiciones para consumo hogareño, para consumo de sus hijos, cuando se case, como es *El barco de papel*.

No deja de ser conclusión la que él pone a su ensayo sobre Hamlet. Cuando (1869) se despide de la Venus de Milo en París, la diosa parece bendecir al frustrado por la gloria que en Europa se ha negado a sonreírle. “...el alma quedará en el olímpico reposo de la indiferencia que tantas veces he contemplado con deleite en la Venus de Milo victoriosa...”. Nunca sabrá lo que es olímpico reposo del alma, pero sabe que lo tienen los dioses para que lo envidien los hombres. De ahí en adelante, de hecho, Hostos inaugura un periodo de mayor agitación política, sin los oasis anteriores de periodismo literario.

Hostos añora gloria literaria sobre todo mientras vive en España. Hay que recordar lo que, embarcándose hacia la Península, persigue afanosamente. *Bayoan* y *Hamlet* culminan su capacidad de colaborador y de crítico literario, dispersa por periódicos y revistas peninsulares.

Su *Hamlet* tiene preliminares peninsulares, y *Bayoan* es la única de sus obras literarias que continúa acariciando en futuro. “Lo amo tanto, que es el único de mis trabajos literarios que contemplo con orgullo”.⁴⁰ Es la única obra de juventud que intenta reeditar; primeramente en París (1869) para el *Correo de Ultramar* (1, 153), quizá parcelándola en folletines, que, al no conseguirlo, lo hace en Chile más tarde.

La peregrinación de Bayoan es la escritura que mayores satisfacciones le ha dado. Cuando en contexto testamentario, porque piensa embarcarse en una expedición, según él mortal, hace la lista de cuanto ha escrito, asienta: “*La peregrinación de Bayoan*, poemanovela, impreso en Madrid en 1863 y reimpresso en Santiago de Chile en 1873-1874. Tengo la conciencia de haber hecho en ese libro, que

es una exposición desnuda de una conciencia en desarrollo, una obra digna de los hombres” (2,210).

Constantemente citará esta su creación madrileña, y hasta pondrá ese nombre a uno de sus hijos. Había literatura en aquel joven Hostos.

El dos de diciembre de 1903, a cuatro semanas de muerto Hostos, su hijo Eugenio Carlos, que se ha comunicado con Ricardo Palma, en Lima, recibe de éste respuesta de cómo y cuándo había conocido (1871), en la misma Lima, a su progenitor. En esa carta, este inciso: “En Hostos ha perdido América uno de sus literatos más eminentes”.⁴¹ Y uno de sus entusiastas panegiristas, Blanco-Fombona, escribe: “En cuanto hombre de letras, Hostos debe ser considerado con detenimiento. Cuando sus obras didácticas, por nuevos procesos de la ciencia pasen de moda, sus estudios literarios, de que él hizo tan poco caso, vivirán. Tienen para justificar esta opinión condiciones de perennidad”.⁴² Tenue perennidad en cuanto literato de determinado momento, o notable perennidad, tiene su sitio en la literatura antillana e hispanoamericana. Julio César López asegura ⁴³ que son más de cincuenta enciclopedias y diccionarios los que registran su nombre.

3. Desde el cuarto poder

Vimos en su lugar el paso que da Eugenio María en Madrid del periodismo literario al periodismo político. Repite la tendencia reflejada en Bayoan; transición de un romanticismo, entre literario y político, a otro marcadamente político. Va a ser desde ahora más suyo el periodismo político. No encontró el renombre que buscaba por vía literaria y ahora lo intenta desde el cuarto poder.

La importancia del cuarto poder, de dominio común, Hostos la fórmula el 27 de noviembre de 1870 desde Lima: “Vuelvo a encarecerle la necesidad de enviar periódicos y noticias de Cuba a todos los cubanos del extranjero, a todos los periódicos, a todos los gobiernos. Organicen ustedes una sección de correspondencia con este solo fin. Publicidad, por Dios, publicidad”. En la inevitable lucha por el poder, desde el poder de la prensa.

Antes de la Revolución de Septiembre (1868), en cuya causa colabora, afiliado a uno de los partidos revolucionarios, Eugenio María, escasos tres meses antes, se considera personalmente

derrotado. Hace crisis en Barcelona su agonía pecuniaria. Cree que el empresario puertorriqueño Matías Ramos se ha valido de su pobreza para utilizarle en beneficio propio. “Resuelto a conquistar en América su porvenir personal”, traza su plan de trasladarse al Perú, que conocemos.

De camino, en París, ve dos posibilidades de regresar a la Península: la del “periodismo político, con todas sus secuelas”, o la de funcionario público (1,70). Pero no considera viables ninguna de ambas, porque, además de inmovilizarle para la causa de Puerto Rico, “enmohecería las facultades más activas del espíritu”. Como si hasta ese momento se considerase políticamente desactivado; ni aclara lo suficiente lo de ‘con todas sus secuelas’. ¿Que enmohecería sus facultades más activas del espíritu como funcionario público?. Por otra parte, si se dirige hacia el Perú fracasado periodísticamente en Barcelona, adonde había ido ya medio fracasado periodísticamente desde Madrid, donde económicamente no levantaba cabeza, ¿por qué considera en París dar marcha atrás de nuevo hacia España para enfrascarse de nuevo en el periodismo político de la Revolución triunfante? ¿Es excusa suficiente que lo haría en detrimento de la causa de Puerto Rico, cuando ya en Nueva York se arrepienta de haber dejado Madrid? Entendemos a Hostos cuando él mismo invita a su familiaridad con la contradicción.

3.1. Periodismo peninsular de Hostos

Cuando pasa del periodismo español al periodismo antillano en Nueva York (1869-1870), sus colegas le consideran tan entrenado, que “me declaran tácitamente una máquina de hacer artículos *gratis et amore*” (2,169); hasta ponerle a dudar si ha dejado en España a su manipulador Matías Ramos; de si con sus compañeros en Nueva York continúa siendo bueno, sincero, generoso, pródigo, o, más bien, el tonto de siempre.

En su catálogo de lo que lleva impreso hasta 1874, señala, en términos generales, “artículos políticos y literarios” bajo su nombre o bajo seudónimo (2,210). Alguna vez añade lo de ‘científicos’, en el sentido lato que tiene por entonces esa palabra (filosofía, sociología). Pero, lo más suyo es la propaganda y la ideología políticas: “mi oficio

de propagandista” (2,72); “pluma del revolucionario y del propagandista” (2,71). Lo de propiamente literato pasa a la reserva.

¿Cuántos artículos durante su prolongada permanencia en España?⁴⁴ Se le hace ya tarde a su hijo Eugenio Carlos en 1950 para poder elaborar un catálogo. De “las colecciones de los diarios y revistas” (2,211), que su padre menciona, sólo consigue rescatar sesenta y ocho artículos en ocho periódicos.⁴⁵ Encuentra que ya habían desaparecido colecciones enteras de los periódicos y de revistas a que su padre se refería.

El hecho es que en España comienza Eugenio María, y muy pronto, su dedicación al periodismo,⁴⁶ que termina restándole prioridad a la literatura. Y, si bien “es en cierto modo un animador cultural más que un político práctico”,⁴⁷ la dedicación literaria no le da como para poder sobrevivir en Madrid. No satisface tampoco sus ansias íntimas de acción, cuya deficiencia se recrimina a cada paso. Tampoco le ha dado lo que tanto buscaba: fama, renombre.⁴⁸ Su consideración teórica acerca del cuarto poder, tópico familiar en periódicos y periodistas de su alrededor, quedará fijada definitivamente decenios más tarde en Santo Domingo en el capítulo treinta y seis de su *Tratado de moral*. Porque, interpretado a la luz de su Diario, su periodismo también es moral, es decir, *social*.

Tampoco ha de olvidarse la razón biográfica, acuciante, de su dedicación al periodismo en la Península. No todo es idealismo antillano en Madrid, sino también *modus vivendi*, del que, aunque quisiera, no puede prescindir. “He luchado con el pan cotidiano demasiado ásperamente” (1,66); tan ásperamente, que todavía mucho más tarde daría cualquier cosa por poder sobrevivir de otra forma. “Aún la pluma, siempre la pluma, continuamente el *modus vivendi* que abomino” (2,39). Fatiga laboral y vocacional de quien, anhelando desentenderse de la pluma, tiene que seguir encadenado a ella.

Es gracias a algún periódico que sus amistades van manteniéndole económicamente a flote. Sobresale en la Península la del adinerado puertorriqueño Matías Ramos: “este noble Matías Ramos, mi hermano, mi amigo, aun cuando me hacía mal, para *La Nación*, para *Las Antillas*, para *El Progreso*, para mis desconocidas agonías de Madrid” (1,153).

Conocemos esas agonías, así como la razón por la que el dinero se alejaba de donde él se presentaba. De hecho, apenas colabora en la gran prensa, sino donde él tiene amigos, en la prensa antillana. Y es por lo que, al desaparecer *La Voz del Siglo* en medio del febril ascenso de la prensa revolucionaria, Hostos queda paradójicamente desempleado, siendo ésta una de las razones por las que abandona la Península quijoteando en París hacia el Perú en busca de empleo.

Ni es eso todo. En su preferencia por el periodismo político se produce otro de sus extraños conflictos biográficos. No sólo el de preferir la forma periódico por la del libro de fondo, en contradicción con su programa krausista, sino en proporciones más amplias. Si en su misma generación milita Pérez Galdós en el periodismo⁴⁹ sin vocación, y algo después el novelista Blasco Ibáñez, republicano también, no se considera nunca hombre de letras,⁵⁰ el conflicto vocacional de Hostos, liberal y republicano también, llega a la complicación angustiosa que no tienen ellos. La mejor de todas sus novelas, decía Blasco Ibáñez, era la de su propia vida. También asegura Hostos, equívoco en su vocabulario otra vez más diferenciando vida y conducta: “Mi vida vale más que mi conducta y mi conducta mucho más que mis libros.”⁵¹ No obstante, sus escritos forman ya parte de su conducta y estamos entrando a observar su pulso, acelerado a ratos, desalentado otras veces, con que escribe.

3. 2. La pluma y la gloria

Analizamos en su debido lugar el derrumbe moral que le causa no haber podido alcanzar el renombre que soñaba con la publicación de *La peregrinación de Bayoan*. En su sueño triunfalista estaba cogiendo fama de una vez por todas para no volver más a escribir, recostado en la gloria. Conocemos los acontecimientos reales.

En el sueño del triunfo: “Mis planes de una gloria fácil que, de par en par, me abriera la república de las letras” (1,226). “Veía que la conquista de un nombre literario es la conquista de un poder” (VIII,12); “... el poder me hacía falta para servir inmediatamente a mi país” (*Ibid.*).

Mordiendo el polvo, se contradice tras el derrumbe: “Yo no había ido a España para conquistar una gloria literaria que desde los albores de mi adolescencia hubiera podido conseguir. Yo no iba tras la gloria literaria [...]. Las letras son el oficio de los ociosos...” (VIII,14); “... entraba yo en la miserable república de las letras” (VIII,23); “... vocación literaria que nunca tuve” (*Ibid.*).

No obstante, quedará definitivamente encadenado a letra. Lo que queda de Hostos es la pluma de Hostos.

Esa distorsionada interpretación que hace diez años después de los hechos y estados de ánimo reales es valiosa para interpretar su carácter. Dirá que si no consiguió gloria literaria y renombre periodísticos, fue porque no quiso, porque había sacrificado gloria y renombre a unas convicciones que él mismo llega a poner en duda.⁵² ¿Y no resulta extraño que considere sus convicciones antagónicas con gloria y renombre? Por otra parte, ¿ha habido gran hombre sin grandes convicciones?

Se da otra circunstancia extraña en su afirmación. Frustrado por no haber encontrado en la Península el renombre ambicionado tras su plan *Bayoan* (1863), más otras frustraciones que se van sumando a esa primera, abandona la Península (1869) para rehacer su vida periodística en el Perú, y bajo la misma ilusión con que había ido antaño a Madrid desde Mayagüez. “Hay el estimulante de un trabajo seguro al llegar, el de un renombre probable al poco tiempo, de influencia posible en el Gobierno, de propaganda fecunda a favor de las Antillas” (1,70). Exactamente, reedición del Eugenio María de la década anterior, esta vez sin novela literaria de por medio, pero sí con la mira en un renombre rápido.

Si en España, dirá en 1870, lo había sacrificado a sus convicciones, ¿qué sucedería en el Perú entre ellas y el renombre? Seguiría su conflicto entre el aislamiento por ‘incapaz’, por ‘inútil’ social – reconoce él mismo– para llegar a la gloria.

Puesto el pie en el dintel del periodismo político en Madrid, dice que adquiere reputación por las oficinas de redacción y dirección, pero conflictiva: “Como periodista, conquisté con mis primeros escritos una reputación, pero reputación callada, sin brillos, sin exterioridad, tal como convenía a los que querían explotar la inteligencia y desarmar al inteligente” (1,106). Repetirá lo mismo

amargado, resentido, en el umbral de su periodismo en Nueva York. No llega el reconocimiento en la medida que, cree él, se merece.

El año 1864, el de las hieles de su fracaso editorial de *Bayoan*, es el que le da el empujón hacia nuevo alcázar deslumbrador, el del cuarto poder, pero no sin que se resientan sus propias bases vocacionales: “vocación literaria que nunca tuve”. Escribe para vivir. Busca empleo y todo lo que sabe hacer, y puede hacer, es escribir. Por eso, de conseguir figurar en el periodismo, sucede algo traumático en su intimidad.

Él mismo señala esa transición. “Yo estoy golpeándome el pecho desde los veinticinco años, porque desde entonces me siento fuera de mi obra, extraviado en mi senda, separado de mi fin” (1,387). Si se refiere a la finalidad que perseguía en *Bayoan*, conquistar inmediata aureola literaria en España para regresar aureolado a su Isla caribeña, ser alguien políticamente en ella, tiene sentido. Pero el viento y el oleaje de los hechos le han alejado demasiado del poder y de la gloria. No tienen fin al respecto sus quejas y análisis.

Si es que había dejado voluntariamente la senda del arte literario, ¿qué es lo que hizo que esa otra senda voluntariamente escogida le condujese de nuevo al vacío vocacional?⁵³ ¿Qué es lo que impide que encuentre escena, teatro, ambiente apropiado tan utópico para el Hostos sorpresa? ¿Qué necesidad tenía de plantear dilema tan irracional como el de literatura o política, pudiendo integrarlas, o, simplemente, aplazar una de ambas?

Por las mismas fechas (1864) Castelar, el joven brillante que conoce desde que llega a Madrid en 1857, con el tiempo su colega político liberal, no ve tal conflicto entre literatura y política,⁵⁴ ni ve por qué distanciarlas mental y emocionalmente. Sin embargo, Hostos, a partir de 1864, da la impresión de adentrarse en neblina vocacional, con severos problemas de visibilidad en lo que busca y en lo que quiere.

Escribe en 1874 refiriéndose a la década anterior: “Me hacen falta circunstancias, hace diez años que estoy buscándolas y perdiéndolas, diez que estoy padeciendo el tormento infernal de estar fuera de mi orden” (1,300). Diez años en el infierno son muchos años. La confesión es tensa. Y, aparte de qué sea eso de ‘dentro’, o qué ‘fuera’

de ruta, no es tan decisivo como lo que cree: que anda fuera de ruta extraviado, perdido.

La creencia acerca de sí mismo está clara. Desconcertado. Si por un lado tenemos ‘vocación literaria que nunca tuve’, por el otro reconoce en sí mismo “la vocación literaria” (1,27), uno entre los factores determinantes de su carácter. Escribe en la media noche del 25 de septiembre de 1866 que su carácter lo configuran la timidez, el orgullo, y la vocación literaria. Tratamos de despejar su contradicción más adelante.

Si no todo, parte de su ‘tormento infernal’ es el hambre y sed que padece de reconocimiento. Escribe en 1869, fecha de su paso de la Revolución de Septiembre a la revolución antillana: “He contado todas mis debilidades, desde las del espíritu hasta las de la razón y la conciencia, que son las que hacen la fuerza social: jamás se ha pensado en hacerme justicia” (1,144). ¿A qué se debería?

Tras el fracaso con *Bayoan* intentó rehacerse concursando con *La tela de araña* para la Real Academia Española de la Lengua. Nuevo fracaso. Intenta de nuevo dos años después concursando para un periódico en Francia. “Podría llegar a triunfar...” (1,151), pero... tampoco. “*La Fête* ha fracasado (*Ibid.*). No ve la manera de saciar su apetito de reconocimiento, y escribe, un tanto paranoide, el mismo año (1869): “He sido un escritor por la sinceridad superior a los de mi tiempo, y nadie lo piensa ni lo dice” (1,144). Se explica que nadie lo diga; pero que nadie lo piense..., no consigue darse a conocer en la medida que él cree merecerlo. Queda aislado diciéndoselo a sí mismo, sin resonancia exterior, mentalmente dividido entre el orgullo y la timidez, entre ambición social y utópica moralidad krausista. “Conflicto perpetuo entre mi ambición de gloria y mi pasión de bien” (2, 136).

La desazón de Goethe por no verse tan citado como esperaba, o el desplante posterior de Nietzsche a la vanidad de los filósofos por escuchar su nombre, o leerlo impreso, no es el caso de Hostos, quien, en todo momento, no está seguro de si busca, o no, la gloria, y, sobre todo, el tipo de gloria que busca.

Cuesta conciliarle pasajes en que, por andar consciente de que está hecho de contradicciones, lo demuestra desdeñando aparentemente el renombre para confesar lo totalmente opuesto en

otro momento. Así, ardiendo eróticamente por una chica chilena, prepara la reedición de *Bayoan* para impresionarla: “Trato de crearme así una reputación y es el aplauso de ella lo que busco” (2,35). Mas no tardará en escribir también esto otro: “No se me crea buscando fama. No me arredran los percances, ni la fama me preocupa” (2,38). Y es porque la llamarada del amor ha dejado de crepitar. El estado de ánimo diferente le cambia la dirección del raciocinio, “cansado de tener fe en mí”. Son las malas jugadas que le pasa su euforia por la gloria, teniendo que volver constantemente a empezar, como Sísifo.

Había regresado a la Península, desde Mayagüez, en 1862, soñando gloria y renombre con su plan *Bayoan*. “Vine a Europa a conquistar un nombre literario” (1,68). Si no lo consiguió, escribirá en Nueva York en 1870, fue por sus condiciones de extrema pobreza (razón insuficiente), y porque no supo manejar adecuadamente la promoción de la edición (2,10), razón, en parte, suficiente, como vimos en su lugar. Sin embargo, seguirá dando razones diferentes desde estados de ánimo diferentes: “Las virtudes y los vicios de mi carácter le impidieron brotar tan poderosamente como yo necesitaba” (1,68). No sólo porque había dejado de brotar el renombre “porque había sacrificado su reputación a su conciencia” (1,206), sino también por problemas de incapacidad temperamental.

Advierte en diciembre de 1874 que su nombre, aunque circula entre revolucionarios de las Antillas, no obtiene reconocimiento. Los había abandonado cuatro años atrás, yéndose a viajar por Sudamérica. De vuelta, porque no tiene donde ir sino al punto de partida, resume el periplo: “En 1869 vine solo, y a pesar de la conjuración de pequeñas pasiones literarias y políticas, acabé por imponerme. En el Perú, en Chile, en la Argentina, siempre desconocido, siempre solo, siempre aislado, llegué a hacerme un nombre. Una gran victoria...” (2,169-170). Es el renombre regional que le hace llevadero en Buenos Aires tan temible ‘siempre solo, siempre aislado, siempre desconocido’. Pero, de nuevo un tanto paranoide, entre lo que pudiera y lo que debiera. “Yo hubiera podido tener en la América Latina la gloria que hubiera deseado...” (2,138), de haber sido menos catoniano, menos moralista.

Lo que le sucede con su regreso a la Península en 1862, le sucede al dejarla en 1869 hacia Nueva York: “Hubiera podido quedarme en

Madrid en donde todo estaba hecho para mí, en donde grandes acontecimientos prometían un gran renombre” (2,138). Sin embargo, conocemos que en ese momento precisamente dejó el escenario peninsular porque, fracasado, no tenía nada que hacer allí. En el nuevo estado de ánimo en que moja su pluma todo está racionalizado (y distorsionado). No se quedó en Madrid, dice, porque “es más grande todavía sacrificarse a la justicia, y puesto que la justicia estaba del lado de las Antillas, había que tirarse de cabeza en ella” (*Ibid.*). Porque éste era sólo una cara de la moneda. Entre Madrid y Nueva York, de paso por París, había titubeado entre tirarse de cabeza o quedarse en Francia haciendo literatura.

No era tan impositiva en él la promesa de renombre por vía política, que le silenciase un nuevo conato de renombre por vía literaria.

4. Estilo

Sabemos que el Hostos adulto recuerda sus doce años de edad, cuando se expresaba, dice, con elocuencia.⁵⁵ Constata que ha ido perdiendo con los años esas dotes; que ha “perdido esa fuerza de conversación cuya falta a menudo echo de menos” (1,151); hasta el extremo de descubrirse mal conversador. “Aun hablar en el seno de la intimidad es para mí una cosa difícil”. Considera como uno de los factores de “la soledad que se ha hecho a mi alrededor” (2,68), el de “mi taciturnidad”.

Es como se percibe en su edad madura. “Mi tarda manera de expresar el pensamiento” (1,98), le permiten captar efectos en quienes le escuchan. “Y claro es, como no pueden despejarme, no me entienden [...], y creen, o afectan creer, como dijo Piñeyro, que vivo en las nubes” (1,195).

Después de hablar en dos centros neoyorkinos, respondiendo a ataques que se le han dirigido, “nadie me comprendió” (1,390). Y en otra ocasión: “Hubiera podido decir lo que pienso, y sólo supe decir lo que siento” (1,284). “Todo esto lo dije; pero lo dije deshilvanadamente, a borbotones, como relámpagos que exhala el sentimiento. No hice bien” (1,285). Conocemos lo que dice ahí mismo, en Nueva York, que nadie le entiende cuando actúa, cuando escribe o

cuando habla. Aun cuando pueda tratarse de una exageración, correspondiente a alguno de sus momentos depresivos, hay bastante de eso permanente en él: “Los hombres no me conocen ni me entienden”(1,367); como sucede con una de sus novias: “... siempre que le hablo en mi lenguaje, que no es ella la única que no entiende...” (1,367).

No han hecho buen servicio en esclarecimiento de Hostos (‘como no pueden despejarme, no me entienden’) quienes,⁵⁶ como Bosch y compañía han puesto en circulación a un Hostos inexistente al respecto. Realidad es que Hostos no fue orador, y menos a medida que avanza en años. Su mismo hijo, Adolfo de Hostos, dice de su padre que fracasó “porque no era orador”.⁵⁷ Y el historiador y médico puertorriqueño Cayetano Coll y Toste se refiere a ese fracaso cuando regresando a la Isla a raíz de la invasión norteamericana de 1898, “como no era orador, no pudo imponerse y arrastrar multitudes, viéndose obligado a buscar reposo en Santo Domingo”.⁵⁸ Tiene que aceptar la marginación en el escenario isleño.

Hostos atribuye su alejamiento de la oratoria a su conversión madrileña al krausismo que le hace ver a los oradores como sofistas hábiles y elocuentes (2,38), en quienes campean los adornos y atavíos del lenguaje, abundan las palabras sonoras, los adjetivos empenachados, los símiles brillantes y los periodos amplios y majestuosos. Sea lo que fuere, se sintió herido por “la indiferencia brutal de las muchedumbres (2,73). No sabía, o no podía comunicar. En realidad, no sabía, o no podía comunicar.

Su confesión de que no se le entiende hablando, ‘ni cuando escribe’, nos remite a este análisis. Cree que su palabra escrita interrumpe aquel esplendor de sus dieciocho años, e invita a la posteridad a que, si lo juzga como literato, lo haga en base a sus escritos de entonces: “... forma literaria que un día, cuando la haya envejecido, comenzará a parecer nueva y absolutamente original” (2,137). Pero, ¿adónde están esos escritos de la víspera de *Bayoan*? Venimos refiriéndonos en esta biografía a las carpetas donde acumula proyectos, apuntes que va acondicionando para colaborar de prensa, o como papeles refundidos con que elabora *Bayoan*. Envía incompleto el manuscrito a la imprenta. La imprenta pide continuación y Eugenio María se las arregla como puede, empastando páginas como la del

catalán muerto en alta mar. Recurre a materiales encarpados, y es como, a partir de 1864, va publicando papeles que aguardaban su turno.

Tal carácter presentan sus primeras colaboraciones primorosamente presentadas en *El Museo Universal*. Y si él mismo establece diferencias de estilo entre antes y después de sus dieciocho años, sigue variándolo a partir de los veintitrés, manifiesto en su primera novela que ve la luz como algo más terminado.

Lidio Cruz Monclava escribe esta página acerca del estilo evolutivo del joven Eugenio María:

“Antes del *Ensayo sobre Romeo y Julieta*, numerosos son los artículos y escritos literarios de Hostos que evidencian la propensión del ilustre crítico a realizar la composición verbal con el sentido de una embriaguez retórica; y de ellos son buenas muestras muchas de las juveniles y fogosas páginas de *La peregrinación de Bayoan*, escritas con un estilo pintorescopatético, en que abundan los adornos y atavíos del lenguaje, abundan las palabras sonoras, los adjetivos empenachados, los símiles brillantes y los periodos amplios y majestuosos.

A partir de 1865-1866, empero, el estilo de Hostos empieza a despejarse de su primera manera. ‘Pienso –escribe Hostos–, que cada edad, individuo o sociedad, tiene su forma que corresponde al fondo de sensibilidad que el corazón ha penetrado, al fondo de actividad en que nos ha sumergido el propósito de nuestra vida’. Y así ocurre con él mismo. Su estilo cambia de modalidad por la acción simultánea de la actividad progresiva de su propio pensamiento, de los nuevos estímulos de su experiencia, y las directrices de su creciente cultura.

Se despeja de los artificios rebuscados y propende entonces hacia un tipo de estilo logiconítido, en que entran armoniosamente en juego, para prestarle propiedad, la palabra exacta y precisa; para prestarle movimiento, la cláusula compuesta o cortada; para prestarle elegancia, la repetición, la reduplicación, la enumeración y la antítesis; y para darle fuerza, la interrogación, la subyección y la sentencia. Tal es el estilo en que Hostos vierte al *Ensayo sobre Romeo y Julieta*, y cinco años más tarde el *Ensayo sobre Hamlet*”.⁵⁹

Semejante repaso a la preceptiva literaria, a propósito del estilo de juventud en Eugenio María, extrapolado de modo global a la prosa de Hostos, requiere previas comprobaciones detalladas; porque, desde

luego, su tercer *Diario*, valga el ejemplo, comenzado en 1866, es cualquier cosa, menos *logiconítido*.

El propio Hostos no ve con satisfacción su estilo a partir de los dieciocho años. De la misma *Peregrinación de Bayoan* dice que no ha sido entendida, por no haberla escrito él para el vulgo (2,137). ¿Se está haciendo un reproche a sí mismo? ¿Declara al lector común inepto para entenderla? En cualquiera de ambas suposiciones, el propio escritor excluye de sus páginas la nitidez, quien a ‘las dos fuerzas creadoras de su alma’, imaginación y sentimiento, los declara enemigos de su vida (1, 83).

Ha dicho que, hablando en público, expresa mejor lo que siente que lo que piensa; que sus escritos, ‘impopulares’, tampoco ‘se entienden’: “Y a propósito de esto, y ligando como acostumbro y como debo mis escritos, mis palabras y mis actos a las ideas que los determinan, entablamos una discusión que sirvió para averiguar que mis escritos, impopulares como yo sabía, y a pesar de la extraña, fría, reverente nombradía que les debo, no se entienden” (1,195). Si esto le acontece lejos ya del periodismo peninsular, hay que recordar que, estrenando relativa popularidad como periodista en Madrid, la había calificado de ‘callada’, ‘sin brillo’, ‘sin exterioridad’.

A puerta cerrada, dice para sí mismo: “Mis escritos son oscuros, y muy largos mis discursos” (1,273). Escribe también a su padre: “mis libros no han sido comprendidos”.⁶⁰ En plena faena periodística, escucha, en Nueva York, de un Basora espontáneo: “A usted no le entiendo”. Y es quien dice Hostos que mejor le entiende. ¿Consecuencia? “De un hombre a quien no se entiende, se prescinde: a un hombre que vive en las nubes, se le deja en ellas” (1,195). Ellos, ‘otros mil’, le tienen por “demasiado oscuro” (1,137. Crítica estilística que recoge él mismo.

El descontento con su expresión, aquí y allá, obedece a una causa invariable: su autodidactismo y su concepto de la lógica. En sus palabras, más que dialéctica intelectual, es reacción contra lo que considera falso (2,76). Actitud que corresponde a lo que refiere su hijo Eugenio Carlos observándole cuando escribe: muy de prisa. “Cuando mi padre escribía, su mano apenas podía seguir su pensamiento, tendiendo la letra hasta hacerla casi ilegible a veces, y en *Diario* (26 de agosto de 1868) se lamenta de las erratas que por

eso cometían los cajistas al componer sus escritos”.⁶¹ Parece estar refiriéndose, sobre todo, al periodista. “No sé aplazar y deseo hacerlo todo a un tiempo” (1,205). No es menos irregular su estilo en el *Diario*, que abunda en confusas sintaxis.

Lo reconoce él mismo. Escribe a las siete y media de la noche en París el 21 de septiembre de 1869: “El que lea en el porvenir estas confidencias, si llega él a penetrarse del pensamiento que en ellas piensa encontrar, no pasará seguramente por los ultrajes que yo infiero a la lengua de que me sirvo. Y como yo sé puedo escribir mejor de lo que lo hago, el crimen es más grave...”. El caso es que es reincidente. Escribe en Nueva York en 1875:

“Los manuscritos en francés están escritos con gran descuido y con el censurable desdén que he tenido para todas las formas. Los impresos están plagados de repugnantes erratas en la mayor parte, resultado de mi incuria por escribir letra legible. He escrito como he vivido; poniendo conciencia en la interioridad, no en la exterioridad. Así he sido juzgado y así seré juzgado” (2,214).

Le vimos improvisando (1865) nada menos que ante la majestad de la Real Academia de la Lengua, a quien creyó poder engañar con un manuscrito a la carrera, de quince días. En septiembre de 1869 vuelve a reincidir en otro concurso en París, sabiendo que sus cuartillas van con “algunas negligencias imperdonables” (1,151). Es rechazado también. La negligencia que observamos en la transcripción de frases latinas, de la que no andan exentos escritores de altura,⁶² en Eugenio María y su *Diario* se extiende a la impropiedad del lenguaje, a la construcción del párrafo y la frase, a la falta de revisión, defecto capital quizá en su prosa confidencial.

Como si escribiera mejor como periodista, hacia fuera de sí mismo, con precauciones, aunque de prisa, que cuando lo hace despacio, sin mirar al reloj, para su intimidad, a puerta cerrada.⁶³ De ahí que en su vasta producción varíe tanto su estilo; de páginas de antología a otras triviales, o por lo menos comunes. No mantiene una tónica de excelencia.

El Hostos español es, sobre todo, periodista, y continúa siéndolo en las próximas décadas, hasta que en el ochenta se sienta a escribir adustos tratados.

Es al Eugenio María periodista a quien Ricardo Palma conoce a finales de 1871 en Lima. Lee sus artículos y siguen en contacto. Conversa con él en 1872 en la sala de redacción de *La Patria*, en la capital peruana. Seguro que le remite después desde Chile su *Bayoan* reeditado, así como su *Hamlet*. Por lo menos, al enterarse de su muerte treinta y un años después, le dedica este juicio: ‘uno de los literatos más eminentes de América Latina’, y tanto “por la cultura de la forma como por la rectitud y elevación de su criterio”.⁶⁴

Aunque ese juicio fuera obsequio epistolar al propio hijo del difunto, el académico peruano sí parece haber leído a Hostos, no tanto bajo la propiedad de su buen castellano (vamos a hablar de eso), sino de ‘cultura de la forma’ tal y como ve el estilo del propio Ricardo Palma uno de sus críticos.⁶⁵ Tampoco es rigurosamente literaria la cortesía de Gabriela Mistral hacia Hostos, “gran señor de las letras”, porque se aleja, dice, del verbalismo romántico. Porque Hostos adolece, de hecho, del verbalismo redundante de la centuria.

No obstante, ante la fiebre de comparar escritores sobresalientes de Latinoamérica (Martí, Bello, Montalvo, Sarmiento...). Pedro de Alba establece una buena pauta.

Todos ellos son ‘diferentes’, ni inferiores ni superiores; ‘incompatibles’ en más de un aspecto. No sería, por eso, apropiado comparar el señorío del idioma en la prosa de Montalvo con la Hostos.

“Hostos no es un escritor fácil, o exuberante; sus registros no alcanzan las notas de Montalvo; para él escribir fue una liturgia solemne al mismo tiempo que un deseo de comunión consigo mismo. Los dos escriben obras de títulos afines, la *Moral Social*, la *Moral Geométrica*; para el ecuatoriano, la moral es como un delirio heroico., en tanto que Hostos se refiere a las tareas humildes, a los problemas de conducta en la vida diaria, a las obligaciones sociales, al sufrir callado del pueblo [...]. Eugenio María de Hostos no tuvo oportunidad para adquirir la preparación académica de Don Andrés Bello. Hostos es pensador de intuiciones, hombre de letras fogueado en la lucha diaria; su obra tiene, aun en los tratados académicos, un no sé qué de aliento popular”.⁶⁶

Si este juicio pudiera flaquear en algún aspecto, es válido en su conclusión. El estilo de Hostos es diferente. Tiene su porqué personal; el de su carácter variable, contradictorio. Cualquiera diría que Hostos

es éste: “Tenemos la fortuna de poseer una pluma que mueve pasiones generosas y un alma que se indigna con lo malo. Tenemos la caballerosidad para no atacar insidiosamente a nadie, sea quien fuera, y el día en que necesitaríamos hacerlo, lo haríamos de modo que el atacado nos tuviera inmediatamente a su disposición”.⁶⁷ Sin embargo, sabemos, que por lo menos, en cuatro ocasiones, se encamina hacia el opositor con una pistola.

No siempre puede cumplir el propósito (2,143) de no hacer mal a nadie. Despacha como semi hombres a los puertorriqueños, a la mayoría isleña, en desacuerdo político con él; como ‘muñeco’, y ‘ujiercillo’ a otro individuo del Ateneo de Madrid. A Castelar sabemos también cómo lo adjetiva. Al menor contratiempo, el temperamento se le torna displicente por lo que llama sus defectos de siempre: ‘mucha excitabilidad y mucha impetuosidad’. Y si el estilo es el hombre, el hombre Hostos tiene el suyo propio. Su propósito, pluma en mano, es, por lo general, honesto,⁶⁸ y no es pequeña prueba que a quien más se perjudica es a sí mismo poniendo la pluma a merced de sus debilidades; no sólo las de temperamento y carácter, sino también las del estilo.

5. Hostos y el castellano

Mientras se encuentra Hostos de paso de la Revolución en España a la de las Antillas en Nueva York, 24 de octubre de 1869, escribía Samper (1828-1888) a Juan Montalvo acusándole recibo de algo que éste había escrito acerca de su poesía.⁶⁹ José María Samper, político y periodista colombiano-argentino-chileno, también, en algún momento, es leído por Hostos.⁷⁰ Y conocemos la glorificación de Garibaldi entre los progresistas peninsulares, herencia del romanticismo revolucionario que, hasta los años ochenta, mantiene Hostos en su *Tratado de moral*. Parece, no obstante, que, también en algún momento, se sacude de sus vibraciones románticas, que habían sido prolongadas e intensas, y en español. “Nunca he escrito en el idioma de los poetas”, le dice ya muy tarde a María de los Dolores (Lola) Rodríguez de Tió en Caracas, en 1887.

Las oscilaciones en los juicios de Hostos en otras materias, en materia literaria son bandazos. Aparece en Nueva York (1869),

dándole gracias a Piñeyro, “que ha vuelto a renovar en mí mis inclinaciones poéticas” (1,194). El cubano es un experto en Shakespeare. Sin duda, más de una noche desempolvó los apuntes que trae de España sobre Hamlet, anotándolos con conversaciones recientes. Resultaría esclarecedor que se precisara alguna vez lo que hay en su ensayo sobre Hamlet de tales conversaciones. Uno de sus defectos es no entregar las fuentes de lo que escribe. De todos modos, el Hostos que acaba de despreciar a los poetas, había puesto por las nubes a Espronceda, a Shakespeare, a Richter, a Carlos Guido Spano. Ha simpatizado con poetas y con el idioma de los poetas.

5.1. Contra la lírica

Crítico musical, admirador de la lírica de su amigo Ventura Ruiz Aguilera, él, escritor enamorado, llega a escribir que, de obtener la independencia Cuba y Puerto Rico, procribiría de esas islas, ‘perpetuamente’, la poesía lírica.

“Yo concedo bienaventuranza a los pueblos que no tienen poesía lírica, porque no han sufrido tiranías; y por ver libre de España a Cuba, y por libertar de España a Puerto Rico, daría todos los poetas que han producido las dos islas infortunadas, y una vez devueltas al dominio de sí mismas, procribiría perpetuamente la poesía, que en tanto que allí haya poetas y resuene la voz de la poesía, dormiré con agitadas pesadillas: me parecerá que aún está España entre nosotros”.⁷¹

Es difícil encontrarle justificación a este juicio emocional, generaloide, hasta lo estafalario. Se acercaría a una justificación, aunque pedagógicamente pobrísima, su apreciación a propósito del chileno Guillermo Matta: que literatura y poesía, “tales cuales son hasta hoy, no son educadoras”.⁷² Pedagógicamente pobrísima, de espaldas a la paideia griega, que educó entre islas con tiranos, pero abundantes en líricos; no menos de espaldas a la pedagogía milenaria con base en la lírica grecorromana y propia, nacional; por lo que es difícil andar en busca de justificación ‘latinoamericana’.

Justificación pobre. Literatura y poesía ensalzan el sentimiento frente a la razón, negativo para “sociedades de carácter inestable todavía”. Radicalismo pedagógico, que, aplicado, tendría que

proscribir el himno nacional, o el folclore popular, inexhausto manantial de pura, ingenua lírica siempre, en cualquier parte.

Hostos mismo había escrito versos en su primera edad, la de la espontaneidad,⁷³ no obstante que su ideología política le lleve más tarde a extremos donde distorsiona su misma mentalidad estética y literaria.

Se nos ocurre, y lo insinuábamos a propósito de su soledad como escritor, que tal juicio emocional le brota a la vista de la galaxia lírica puertorriqueña bajo bandera española: Gautier Benítez, Salvador Brau, Muñoz Rivera... Desde las fechas de *Aguinaldo puertorriqueño* la poesía espiritualizaba la colonia con versos diferentes a los belicosos de su amiga Rodríguez de Tió. Por lo menos, no oculta su antipatía, por esas fechas sudamericanas, hacia la presencia lírica y folklórica ‘entre nosotros’. Su juicio, otra vez más, más que estético o literario, es patético.

No distingue en su generalización entre lo que, circunstancialmente puede hacerse con la lírica, de la lírica en sí. Y a esta lírica de ocasión es a la que debería de referirse en exclusiva. Es la misma viciosa generalización que tenía hecha en 1873 a propósito de la literatura en general. “En ciencia de esa especie, en arte de esa especie, en hombres de esa especie, mi conciencia irritada ha hallado siempre a los aduladores condescendientes del mal poderoso de la iniquidad victoriosa, del vicio resplandeciente...” (1,282). Se refiere a la prensa que exaltaba a Isabel II, a los poetas que exaltan a determinado gobierno colonial, o que determinado gobierno colonial exalta. Pero siempre habrá que diferenciar entre la lírica en general y la lírica mal aplicada. Hostos pasa esto por alto.

Ha tenido momentos más serenos que éstos, juicios más sensatos y acertados en la materia. No debe estar al frente de los pueblos quien subestime su imaginación.

“Es necesario contar con la imaginación de los pueblos: jamás será estadista. Y un verdadero revolucionario es un aventurero si no es un estadista, el que no cuenta con los obstáculos y los instrumentos que prevé o encuentra en las facultades nativas del espíritu. Nadie sabe mejor que yo hasta qué punto ha hecho incapaz mi vida de reflexión del papel de conspirador...” (1,210).

Son precisamente sus defectos como ‘estadista’ y como ‘revolucionario’ (conspirador) los que traicionan al Hostos lírico. Conoce, en teoría la importancia que tienen la imaginación y de las emociones.⁷⁴ Pero, en su aplicación, no distingue campos como conviene. Porque se puede hacer lírica desde el poder, lírica con el poder, y oposición lírica contra el poder. Lo que no se puede hacer es des-hacer la lírica por decreto de mal humor contra el colonialismo español, y entendido a su modo.

5.2. Enfrentando a los clásicos

Quien antaño había escrito *La peregrinación de Bayoan*, llega a no simpatizar con los clásicos del idioma en que escribe. También conviene esclarecer este ángulo.

No es el de Hostos el ideal de un Montalvo, clásico entre los clásicos de Hispanoamérica.⁷⁵ escribir en castellano ‘castizo’. Sin embargo, en cuanto a purismo, o casticismo, se refiere, difiere la pasión que de consuno tienen hacia el español ‘americano’ Montalvo y Ricardo Palma. En tanto que el clásico ecuatoriano, asiduo lector de los clásicos peninsulares del Siglo de Oro, representa al castellano castizo, el académico peruano prefiere el habla de Hispanoamérica, a favor del enriquecimiento de aquel castellano de antes con el de ahora, o ‘americano’.⁷⁶ El castellano debe crecer en Hispanoamérica, sin que tenga ésta que atenerse al castellano clásico; algo con lo que sí comulga Hostos, aunque no bajo las mismas razones.

Ricardo Palma mantiene discusiones acaloradas en reuniones con sus colegas académicos de la Real Academia Española en Madrid a favor de acepciones y modismos procedentes de Hispanoamérica; pero el razonamiento de Hostos contra el clasicismo, y precisamente en correspondencia con Ricardo Palma, tiene otra procedencia: las semillas de filosofía que le había sembrado en el alma, en plena juventud su ‘venerado maestro’ Sanz del Río.

El maestro krausista, importador en la Península de inusitada terminología germana, y con propósitos de reformador nacional, objetaba en 1854 la veneración hacia el habla del *Quijote* y de *La Celestina*.

“Ocurre preguntarnos por qué nuestra lengua ha perdido las cualidades que la distinguían en la que llamamos su edad de oro, y ha venido en el transcurso del tiempo a adquirir otras que son precisamente las contrapuestas. A veces doy en pensar que la época mencionada estaba lejos de ser época de madurez y perfección y que nos deba servir de modelo en todo (y la mejor prueba de ello es que el buen sentido de nuestros mejores escritores del día no los imita), sino que se desarrolló bajo un aspecto parcial, esto es, como expresión del sentimiento y del carácter humano; mas no bajo la relación más íntima y fundamental suya, esto es, como expresión del pensamiento y de la razón”.⁷⁷

Veremos qué arrimado sigue Hostos a esta filosofía. Si en el Siglo de Oro -dice Sanz del Río- domina más el castellano en relación con el pensamiento que con el sentimiento y el ‘ánimo’, y no con todo eso al mismo tiempo, “me parece que puedo afirmar que camina hacia él, aunque lentamente y tropezando a cada paso con obstáculos que la incultura del espíritu (sobre todo desde principios de siglo) la pone delante. Mas también este obstáculo capital desaparecerá poco a poco”; sutilezas de las que el joven Eugenio María se atuvo a su lado más inteligible: el de la relación entre sociedad española del Siglo de Oro y su lenguaje.

El Eugenio María madrileño, discípulo de Sanz del Río, seguidor también del pedagogo Giner, lleva esas ideas más tarde, peregrino más tarde por tierras de Hispanoamérica y partidario de una pedagogía ‘evolutiva’. Había tomado en Madrid sus primeros apuntes sobre filosofía del habla.

En la crítica de *Tradiciones peruanas* que envía al propio Ricardo Palma, admira el estilo en que están escritas; pero en el sentido que se admira el idioma como museo.

“El motivo crítico en que se funda la complacencia con que he saboreado las narraciones que he leído de su libro, no es la imitación del lenguaje y estilo, que me parecen fósiles, sino la realmente admirable adecuación del lenguaje y estilo imitados a la época y vida social a que las *Tradiciones* se refieren. El lenguaje por sí mismo, y el estilo, cuando no es revelador de una personalidad intelectual, en nada contribuyen al placer estético o al mérito artístico de una obra literaria”.⁷⁸

Entre dos estilos, el propio del autor, y el que imita de la sociedad a que se refiere, el preferible es el vivo, el de la vertiente social. Es por lo que en las *Tradiciones* se da admirable armonía entre el fondo y la forma, entre tiempo, sociedad y estilo. Algunas, hasta parecen episodios de *Guzmán de Alfarache*, y otras, como ‘El Caballero de la Virgen’, “donosísima imitación de Cervantes”. Y todo eso se engrandece con el sólido pensamiento en el campo virgen que descubre Palma.

Lo que no admira ni aprueba es la vertiente purista en el estilo de Palma.

“No he admirado tampoco el estilo de las *Tradiciones* porque esa espontánea y generalmente feliz imitación del estilo personal de Cervantes, cuando expresamente le imita, y del estilo picaresco de todos los autores del siglo XVI, siglo español por excelencia, en que satisfecha de su forma la sociedad hasta entonces incierta de sí misma, contempla el mundo como suyo, contempla asegurado para siempre el porvenir, y procediendo como proceden los afortunados, en todo confió por confiar en su fortuna, a todo sonreía, por sonreír a su esperanza de perpetuo bien, se rió de todo porque estaba alegre de la suerte, y hablando como pensabas, sentía y quería, hacía de la palabra la expresión de su estado psicológico de la sociedad”.⁷⁹

Semejante interpretación sociológica, imposible de aceptar en toda su generalización, es válida, sin embargo, desde la interacción lenguaje-sociedad. El contacto personal en Madrid con Hartzenbusch, clásico contemporáneo, director de una edición del *Quijote*, director de la Biblioteca Nacional (1862-1876), miembro de la Real Academia de la Lengua, le da especial valor a la convicción de Eugenio María, que él data en aquellos sus días madrileños.

“... no porque el lenguaje sea castizo, que, en este punto, opino hoy como opinaba en Madrid cuando el bueno de dos veces Hartzenbusch se imponía la benévola tarea de atraerme a su devoción por el habla feliz del siglo de oro. Entonces decía al noble viejo lo que pienso todavía: pienso que cada edad, en individuo y sociedades, tiene su forma peculiar de expresión, forma que corresponde al fondo de

realidad que el pensamiento ha descubierto, al fondo de sensibilidad a que el corazón ha penetrado, al fondo de actividad en que nos ha sumergido el propósito de nuestra vida”.⁸⁰

Viene de lejos su rechazo del purismo; non sin que revele buen trasfondo de lecturas y de meditaciones sobre el idioma, así como de conversaciones, sobre todo en Madrid, con grandes maestros, como lo fueron Sanz del Río y Amador de los Ríos.

“Así, el purismo de Ferrer del Río en su *Historia de Carlos III*, o el hacinamiento de arcaísmos de que tanto alarde hizo Amador de los Ríos en su *Historia de la Literatura Española*, lejos de ser elemento estético y merecimiento artístico, son violencias idiomáticas que infringen penosamente a la ley general del lenguaje, exponente secundario del estado de cultura colectiva. Esos, y cuantos esfuerzos académicos se hacen en España y la América Latina para estacionar la lengua castellana en lo que llaman ‘momento de su mayor esplendor’, como si el momento de mayor esplendor para un idioma fuera el que en menos ha servido a la razón humana, lo doy de buen grado por uno solo de los discursos de Jovellanos o por la *Historia de Venezuela* de Brasalt y Díaz, o por la de Chile de Barros Arana, o por lo que he leído de los estudios de Sotomayor acerca de la *Historia de Bolivia*, o por *Los Precursores de la Independencia*, de Amunátegui”.⁸¹

A tantos años de distancia, Eugenio María se mantiene en el criterio lingüístico de su maestro de juventud, Sanz del Río. Por no haber estado tan famoso Siglo de Oro al servicio de la razón y de la lógica, el lenguaje de sus clásicos arrastra esa deficiencia. Una ideología anacrónica de parte del maestro krausista, germanófilo, y de su discípulo antillano de la que conviene tomar nota.

Eso no quiere decir que de parte de Eugenio María signifique todo bienandanza en el estilo de los representantes castellanos del idioma más acá de su siglo de Oro.⁸² Hostos les aplica la misma regla: su problema con una sintaxis *lógica*; como si el lenguaje no tuviera más funciones que la racional. Pero si habría que congratularse con clásicos posteriores, en que, despreocupados por el arcaísmo castizo, se sitúan en actitud de avance idiomático. Y es lo que compagina con la actitud personal de Hostos escribiendo.⁸³ Y seguro

que tiene que ver sobre la marcha con su posterior latinoamericanización.

5.3. Dos cartas “bellísimas”

El escritor latinoamericano más ilustre con quien Eugenio María mantiene correspondencia es Ricardo Palma. La relación personal que se entabla en 1871, se mantiene después.

El clásico peruano remite a Hostos, entonces en Santo Domingo, sus *Tradiciones peruanas*. Los puntos de vista que esa obra le merecen a Hostos, los publica éste en la prensa dominicana. No es hasta finales de 1889 que Palma los reedita en la prensa de Lima. Planea en estas fechas una reedición en Barcelona, con la intención de incorporar a esa edición las dos cartas de Hostos que ha utilizado antes ya otro escritor centroamericano. Como por esas fechas se encuentra Hostos en Chile, es allí, a Chillán, adonde, el 19 de febrero de 1890, le responde Palma:

“Mi buen amigo:

Por su amable del 29 de enero veo que ha sido para usted desagradable sorpresa la publicación que me permití hacer de sus dos juiciosas cartas-críticas [...]. Las cartas de usted son bellísimas, en forma y fondo, y merecían la vida del libro. Honran a usted, a la vez que a mí me favorecen mucho. Harta ingratitud habría en mí si las hubiese reservado...”⁸⁴

Transcribimos en el apartado anterior parte de esas dos cartas, y es oportuno saber cómo las lee el escritor criticado: “bellísimas en forma y fondo”, honran a quien las escribió y merecen que vivan lo que viva el libro a que se refieren. Sobre todo, es importante que la crítica de su amigo “Don Eugenio María”⁸⁵ resulta favorable, pese a que, como veíamos, don Eugenio María incluye reparos. Si declara su ‘concienzuda’ admiración “por el estilo en que están escritas” las *Tradiciones*, sabemos también qué es lo que no celebra.

Conociendo como conocemos la apertura lingüística del peruano Académico de la Lengua Española en materia del enriquecimiento del castellano con el castellano de América, se comprende por qué le complace la crítica de Hostos desde Santo Domingo.

Se expresa Palma en el interior de su obra:

“En nuestras convicciones sobre americanismo en literatura, entra la que precisamente es la *Tradición* el género que mejor la representa. América es el teatro de los sucesos; costumbres y tipos americanos son los exhibidos, y el que escribe *Tradiciones*, no sólo está obligado a darles colorido local, sino que, hasta en el lenguaje, debe sacrificar siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincianismo, y que ya perderá tiempo y trabajo el que se eche a buscarlas por diccionarios. Cuando se pinta, no debe huirse de la naturalidad, por mucho que a veces sea ella ramplona y de mal gusto. Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y de caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la vez que animado, novela en miniatura, novela homeopática, eso es lo que, en mi concepto, ha de ser la Tradición”.⁸⁶

Tal apertura del habla, con puertas y ventanas de la Academia abiertas al pueblo que la utiliza sin poder diferenciarla de su propia vida, parece ser que es lo que merece de Hostos un laudo parcial; el lado parcial que Palma cultiva. Domina el castellano clásico; le apasiona, lo imita magistralmente, reconociendo, no obstante, su insuficiencia lexicográfica para llenar la necesidad evolutiva del habla.

Mas no es el estilo el único aspecto desagradable que Hostos ve en las *Tradiciones*. Lo que encuentro de malo en sus *Tradiciones*, dicho sea de una vez, “es el dejo de tristeza que me ha quedado en el espíritu. Esa resurrección estilística de un pasado social tan sin base, que no ha podido servir de asiento firme⁸⁷ y seguro a la nueva sociedad que vino en pos”.

De nuevo interfiere su ideología colonialista en lo que supone que fuera sólo crítica literaria. Ve a Palma reducido a un “risueño expositor de fragmentos de la vida colonial del Perú”.

“No da la ineptitud administrativa de la colonia, su despotismo, su inmoralidad privada, sus crímenes; los cuatro mil frailes y monjas (sólo en Lima) crapulosos ellos, escandalosas ellas [...]; la espantosa iglesia colonial y su terrorismo espiritual; aquella riqueza mineral y vegetal, aquel boato oriental de sus virreyes; aquellos millones de indígenas

civilización! Pero no hay quien se eleve estas consideraciones” (1,323-324), comenzando por él mismo, que no ‘considera’ como es debido. Norteamérica no pagó el precio de ese cruzamiento racial que sí pagó España, por lo que la consideración anticolonialista de España queda mal parada de parte de Hostos.

“Pero no hay quien se eleve a esas consideraciones. Lo mismo que sucedió en otras ocasiones, la opinión pública ha intercedido por los débiles; pero por pura fuerza de las instituciones de la libertad, no por el lógico enlace de las ideas que, yendo al fondo de las cosas, encuentra en ellas la base de los procederes lógicos e invariables, los procederes de la razón siempre acordes con las inspiraciones del sentimiento generoso”.

Caricatura de lógica y razón la de esta página hostosiana. Tales instituciones de la libertad, levantadas sobre diez millones de indios exterminados, ¿eran lógicas? ¿No lo era el mestizaje ibérico, la lenta colonización del método español que inventó una nueva raza, la criolla?

No obstante, a Ricardo Palma no le molesta la crítica literaria que, saliéndose de la literatura, le hace Hostos. Él no hace historia en sus *Tradiciones*. Hace literatura sin sacrificarla a la historia, y menos como se imagina la historia negrolegendaria Eugenio María Hostos. Sociología y literatura hay que plantearlas por separado para después poder hablar de ellas en conjunto. Pero las cartas del amigo, “bellísimas en forma y fondo”, no sólo no le molestan a Ricardo Palma, sino que quiere incorporarlas a su reedición de las *Tradiciones*. Iluminan apasionadamente el pasado colonial al que invitan *literariamente*.

6. Contra la forma literaria

Dejamos atrás su invectiva contra la poesía lírica. Aquí y allá no oculta desahogos parecidos contra oradores, novelistas y literatos. En determinado momento se refiere a los primeros como a “charlatanes de oficio”. La sombra de Castelar parece perseguirle hasta sus últimos días.

En 1898 Hostos fracasa como orador en su isla natal, acabada de ocupar por el ejército norteamericano. Quien había mantenido de por vida la esperanza de ver a Puerto Rico políticamente independiente, tiene que verlo atrapado en otro régimen colonial más. Protesta con cuarenta artículos, más veinte conferencias semanales en el Ayuntamiento de Mayagüez. Interrumpe los aplausos en la primera conferencia, porque los aplausos cree él que son “para oradores y charlatanes de oficio”. Sólo la razón y la conciencia merecen aplausos (¡!). No vuelven a aplaudirle. Política y socialmente aislado, tiene que alejarse de la Isla, para morir en Santo Domingo pocos años después, y deseando emigrar también de La Española..

A los novelistas, entre quienes, sin éxito, trató, como sabemos, de figurar, los llamará más tarde “imaginaristas” (1,205), y a los literatos “microbios literarios”.⁸⁸ Exabruptos para el psicoanálisis. Inexactamente dijo Balseiro,⁸⁹ seguido por Pedreira,⁹⁰ que Hostos niegue su vocación⁹¹ literaria. Es inexacto, porque, contradiciéndose, la afirma y la niega. “Sí debemos afirmar que jamás cultivó con cariño la poesía”.⁹² La poesía en verso, se entiende; porque sí hizo prosa poética.

Sus primeros críticos señalaron ya la posible causa de conflicto entre dos Hostos: el moralista y el literato; aquel imponiéndose sobre éste. Y para alguno de sus panegiristas frívolos, hasta ese rasgo de dictador espantando lejos de sí a las Musas impuras,⁹³ rimaría con fotos olímpicas totalmente desmarcadas de la realidad biográfica.

Camino de Nueva York, llega a París desde Madrid en 1869. Ha decidido incorporarse a la revolución separatista de las Antillas. En otra de sus vacilaciones interpreta informes que llegan del otro lado del Atlántico como desalentadores para seguir hacia Nueva York. Y acaricia otro nuevo plan como alternativa: “el proyecto de dedicarme a la literatura francesa, haciendo aquí lo que no hice en España” (1,150). “La magnanimidad enervadora en España me ha inutilizado” (1,166). Como que el político había desactivado al literato (¡!).

6.1. Preferible la ‘gloria’ krausista a la forma literaria

Puesto a estudiar las relaciones entre el talento oratorio y la moralidad intelectual, renuncia a sus buenas cualidades de dicción.

Concibe “tal horror” hacia ese talento, que no sólo no sigue cultivándolo, sino que llega a considerarse a sí mismo conversador con dificultades (1,137). Escrita a los veintitrés años, *La peregrinación de Bayoan* ya es literatura relativizada al moralismo político, tal como él lo entendía. No se mueve en su novela en dirección netamente literaria. Y es porque una nueva ambición, la de la gloria *virtuosa*, “está siempre royéndome el alma” (2,138). Ensayo de principiante, puesto que la elabora entre contradictorias interferencias: la del renombre literario, la del sufrimiento romántico, y la de esa nueva ética krausista.

El joven Eugenio María trata de incorporar más al suyo el pensamiento sanzista de Krause. La conducta exterior ha de “manifestar el pensamiento interno, la vida moral de un hombre consagrado como yo a ser hombre” (1,60). “Mi empeño de realizar al hombre completo que concibo y que practico” (1,204). Tal es el ideal krausista de vivir el ideal de la humanidad en la humanidad propia.

Ese encuentro del adolescente romántico con el krausismo le interrumpe las ganas de escribir ‘literariamente’. Sabemos que escribe *Bayoan* con la intención de que sea la primera publicación y la última. Llama al cambio de dirección ‘haber comenzado a tomar posesión de su vida’; haber pasado a preferir el ‘arte de vivir’ (moralmente) a ese otro arte por el arte, propio de ociosos literatos y filósofos (1,54); ociosos en el arte de hacer y encarnar humanidad, de ser hombres.

Informa en 1873 que con la publicación de *Bayoan* en 1863 se declaraba públicamente ‘hombre lógico’; en el sentido que, mediante “la voz ruidosa de la imprenta”, quedaba ideológicamente comprometido en público. Si vivía en contradicción con el ideario antillano, impreso el libro, todo el mundo le señalaría: “Cada una de las ideas que vertiera en el libro, había de ser una promesa que ya tenía obligación de cumplir”.⁹⁴ Con la imprenta como testigo, el romántico de la víspera hacía públicos sus votos ‘lógicos’. ¡Y es la obra donde el protagonista maldice la razón!

En ese momento sitúa su cesantía como ‘artista de la palabra’, algo que abunda en demasía: ‘adoradores de la forma’, ‘espíritus vacíos’, ‘habladores que llenan de palabras sonoras el ámbito en que se mueven’ en la medida que son incapaces de realizar “lo que más

falta hace en el mundo: hombres lógicos”. La forma, condicionada al fondo.

El propósito de coordinar en Madrid pensamiento y acción por la causa antillana lo enmarca en su teoría sanzista del hombre completo. El humanismo krausista implica también una sociedad progresivamente confederada. Aparece diez años después en el prólogo del 73.

El ideal de humanidad, “una vida consagrada a dar un hombre lógico”, consiste en “eliminar facultades exclusivas y suprimir pasiones absorbentes”. Fácil de formular. Realizarlo... “¡Hombre lógico! ¿Quién es capaz de concebir ese ideal sin temblar en todas sus raíces de su ser al concebirlo?”,⁹⁵ sencillamente, porque “el hombre que aspira a ser completo”, tiene que cambiar de dirección, incluida la dirección hacia la gloria en que se mueve el resto de los hombres con quienes convive. Es por lo que retira reconocimiento al talento de quienes, por ambición de gloria, de poder, de felicidad, de patriotismo, incluso, de ciencia, arte, y demás, desarrollan determinada facultad más que las otras.

El relumbrón de gloria conseguido por ese camino (literatura, arte, política, etc.) no implica de por sí que se haya realizado “todo el hombre”. Porque ‘hombre’ es la suma de todas sus facultades, desde las que florecen en la infancia hasta las propias del hombre maduro: sentimiento y fantasía en la primera edad; razón y actividad de la segunda; en la tercera, *armonía* de lo pensado y lo sentido; conciencia en todas y cada una de ellas. Subrayamos ‘armonía’ porque el propósito del romántico Eugenio María, ahora novicio krausista (1857-1858), es manifiesto: aspira a encarnar el ideal krausista.

Se contradice, sin embargo, una vez más, porque lo concibe en penumbra y oscuridad mentalmente románticas. Hombre ‘completo’, hombre socialmente invisible, como el que buscaba Diógenes con su linterna en pleno mediodía.

“Es decir, que para éste será accesorio todo lo que es esencial para los otros, y en tanto que ellos disfrutaban del brillo de la gloria, del poder, de la ventura, amando en sí mismos la patria, la ciencia, el arte, el derecho, la verdad, lo bello, el hombre que aspira al ideal se condena a la oscuridad, y tendrá que realizar en la oscuridad, sin el estímulo de la gloria, del poder, de la ventura, todos los esfuerzos que

individualmente hacen los otros para sobresalir en el desarrollo parcial de una pasión o de una facultad.⁹⁶

Pero, ¿no olvida el Eugenio María del 73 que había codiciado la gloria literaria con su *Bayoan* del 63, para escalar desde la gloria el poder (político)? Pudiera ser que en el Eugenio del 73 estuviera hablando el resentido fracasado en el poder y la gloria a partir precisamente del 63.

6.2. Raíz antiliteraria, el ‘hombre completo’

La aureola de mártir con la que desea ser visto, hay momentos en que la degrada a “terrible farsa”. Sucede lo mismo con el ideal(ismo) del hombre ‘completo’, que llama “mi horrible mito”. Doblemente horrible; por inaccesible, devora a su víctima.

Se había afiliado al partido de la Revolución española, para terminar dándole la espalda. Se incorpora después a la revolución de las Antillas, para dejarla frustrado y desalentado. Se había entusiasmado con el hombre ‘completo’, y es menester observarle desmitificándolo.

Conocemos la discusión del romántico adolescente Eugenio María con su progenitora, en Mayagüez. Él, vocacionalmente desorientado, llama “excelente opción” despreocuparse por el dinero, al precio de no esforzarse por hacer carrera en la universidad de Madrid. ¡Y era para lo que su familia, sacrificándose no poco, le enviaba el dinero a Madrid (1,318)! Doña Hilaria María de Jesús, pierde los estribos ante hijo tan iluso: “Escarnecía (tal opción) con sarcasmo centelleante, la maldecía con ímpetu de corazón atribulado, y de la cólera pasaba a la tristeza, y del grito a la queja maternal”. No era para menos.

Ignorante de los costos de la existencia, el adolescente inexperto no sabía lo que estaba diciéndole a su madre. Podía lucir cómodamente su romanticismo porque contaba con la mesada de Mayagüez. La cosa cambia al morir su madre, su abogada frente a la familia, esperanzada en que aquel hijo cambiaría. La generosa y sacrificada ayuda de su padre se interrumpe. Las circunstancias cambian en tal grado, que le desespera, puesto a esperar, de por vida, la circunstancia a su favor. La había tenido de frente invitándole a que fuera hombre

‘completo’ y no la había reconocido. No dará pie con bola en el hombre ‘completo’ que ahora busca por vía krausista. Había hecho voto krausista con dinero paterno disponible, y ahora tendrá que cumplirlos “luchando por el centavo”. Conocemos su tristeza mitificando un futuro que no conseguirá nunca hacer presente.

“*Ser hombre*, mi gran conquista, mi solemne orgullo, mi horrible mito. Estoy diciéndome persuasivamente que en lo hecho he adelantado cuanto se puede adelantar y que el día en que este hombre formado por el esfuerzo permanente de sí mismo llegue a encontrarse en circunstancias favorables [...]. Pero no me digo que es preciso buscar, encontrar, conquistar esas circunstancias, ni me digo que cada vez soy más perezoso para buscarlas, cada vez menos idóneo para hallarlas, cada vez menos perseverante para conquistarlas” (1,319).

Escribe eso a ocho años de la muerte de su madre, invocándola desesperadamente en el más allá. En dirección hacia la gloria ‘virtuosa’, de espaldas a la gloria común y corriente que moviliza a los hombres, constata que no hace “más que cometer errores” (2,138). No consigue existir como krausista. Existencia y pensamiento cada cual por su lado. ¿Eso es el hombre lógico? ¿Lógico un romántico? “...donde me quedo yo: en las nieblas del deseo” (1,201).

A los ocho años de haberse convertido al krausismo, constata que le ha sido negativo en su vida de relación: “Por eso cuanto más me impacientan mis tropiezos, menos deben maravillarme. Nada importa que conozca el camino de la vida, si al caminarlo no lo observo” (1,54). No ha conseguido pasos significativos en aquel ‘arte de vivir’ que había preferido al arte de escribir: “Excluido de todas partes (1865), tuve que encerrarme dentro de mí mismo” (2,24). Confesiones de éstas abundan en su *Diario*.

“Cuando yo comencé a tomar posesión de mi vida era un verdadero artista, y hubiera podido llegar a ser un gran vividor, un hombre de ideas y de sentimientos elevados que sabe, sin descender, elevar hasta sí, poner a su nivel y dominar las contingencias. Cuando hube tomado posesión de mi vida, desdeñé las formas por atender al fondo y he llegado hasta el punto que he llegado: ni el ser más inexperto vive más torpemente que yo” (1,54).

Imaginó (1858) que tomaba posesión de su vida bajo imperativo krausista, y en 1868 todavía piensa cómo cambiar, “reconstruyendo el concepto de la vida, si completo el fondo con la experiencia” (*Ibid.*). Y es porque le va francamente mal en la vida social: “Es conveniente para mí salir un poco de mí mismo (y acaso de mi excesiva clausura depende la dificultad intelectual de que me quejo), y es bueno pensar en los demás” (1,317).

En las oscilaciones de su temperamento no ha encontrado acomodo el ideal de sus dieciocho años. Cinco años después de concluido el que llama ‘periodo’ de temperamento (1868) no ha habido tal balance a favor: “Comprendo que obedezco al sentimiento mucho más, o más inmediatamente que a la razón” (1,51). Sigue confundiendo, imaginariamente, lo que quiere con lo que puede.

Se le transforma en tortura la teoría krausista de la armonía universal individualizada, hecha humanidad propia. “He pasado toda mi vida intelectual en combatir mi vida afectiva, toda mi vida afectiva en llorar la falta de ideales” (1,374). Y eso que confesará en 1876 que diez años antes había tomado “posesión de su vida” al adoptar el programa de Krause.

No hay él cronología de victorias, sino únicamente de batallas. Escribe en 1866: “luchando contra mi inverosímil indolencia intento dar toda su fuerza a la razón. ¿Qué he conseguido?” No encuentra respuesta (1,26). De la lucha sale severamente mutilado en su vida afectiva: “repitiendo mi novela de los dieciocho años [...], estoy enamorado sin amar” (1,53). Tortura afectividades de mujeres, como sucede con su “semi-amor a Matilde”, o con sus “conatos de amor” en Barcelona, hasta su enamoramiento huracanado con la colombiana en Nueva York; porque “he podido amar mucho y no he amado a nadie”.

La armonía krausista le funciona como academicismo. Sus propias vivencias no son armoniosas: “Enemigo de la fatalidad y pasivo como un fatalista; apologista de la voluntad y tímido para moverla; racionalista hasta la negación de lo que no sea expresión y efecto de la razón, y fantaseador e imaginarista como un adolescente, vivo como viven los que corroe la amargura de la vida” (1,76). Roído por la ambición de gloria, corroído buscándola, armonía en puro deseo.

“¡Oh ideal, oh armonía de las tres potencias! ¿Será porque es irrealizable ese ideal, será porque es imposible la armonía que busco por lo que nada hago, nada pienso, nada siento; por lo que me muero de descontento de mí mismo y soy impotente para todo?” (1,26).

Le ensimisma tanto la aleación mental romanticismo-krausismo, que va sacrificando al fondo de su yo los convencionalismos de que consta la vida de relación, formas y formalidades sin las que, exclusivamente, viven los desajustados, o los idealistas. Recordemos sus confesiones: ‘en todo paso por extraño’, ‘excluido de todas partes’; ‘a primera vista estoy loco y es locura cuanto pienso y cuanto intento’; percepciones de sí mismo que va registrando.

Cuando reedita *Bayoan* en 1873 recuerda aquella obsesión de titanismo moral, el del ‘hombre completo’ en el Bayoan de diez años atrás. La totalidad del ser hombre, la lleva a cabo en laboratorios de humanología secreta, sin espectadores, porque éstos no ven más que apariencias que él ha resuelto sacrificar. El hombre visible, único que ven los demás, no respondía en él al invisible, que sólo él veía. Algo que en el núcleo de sus contradicciones resultaba ser otra de las ‘inconsecuencias en el haz de ellas de su vida’; porque si los demás no ven directamente al invisible, lo ven, indirectamente, en su actuación. “Mi rebeldía contra todo formalismo” (1,27), uno de los óbices para seguir la carrera universitaria, le deja definitivamente sin profesionalidad. El complejo de inferioridad económica y social, como resultado, será lamento de por vida. Le resultó socialmente desastroso su mito del hombre completo.

No obstante, así entenderá él personalmente a su maestro krausista Sanz del Río: hay que sacrificar la gloria exterior a la gloria ‘virtuosa’. Prioridad del fondo sobre la forma:

“Nadie tiene un desdén más benévolo y más firme por los hombres que sólo son inteligentes por el arte que sólo es forma, por la ciencia que sólo es forma. De hombres de esta especie, de arte de esta especie, de ciencia de esta especie, que a todas horas y en todas partes hacen la vanidad, la frivolidad y la rutina a los más torpes enemigos del progreso de la humanidad.⁹⁷

Éticismo puritano protestante que se le infiltraba a través de Krause. El protestantismo tarda en entrar en la filosofía moderna precisamente por medieval. El libre examen de Lutero, no significaba libertad para la razón (*manceba del diablo* para el Reformador), sino libertad, exclusivamente, para entregarla incondicionalmente a los Profetas.

El krausismo censura toda vistosidad si presenta “triste divorcio entre la ley moral y la artística”,⁹⁸ tal y como acostumbran a hacer los novelistas con tipos humanos decadentes.⁹⁹ Giner extiende eso hasta ‘las buenas maneras’¹⁰⁰ como artificios en la convivencia diaria.

Aun cuando el krausismo da preferencia a la literatura (vida) sobre la historia (política), rechaza en la primera la tendencia en circulación, así como el virtuosismo literario. Si ama la historia es por cuanto se refiere al progreso evolutivo de la humanidad. Y por el *Diario* de Eugenio María, recién converso, aparece ese entusiasmo de contagio por sumergirse en el estudio de la historia. “... prefiriendo el combate de la inteligencia al triunfo del corazón, me sumergí en el estudio de la historia” (VIII,31).

El krausismo, en el caso de Eugenio María, da con un temperamento extremista. Su ensimismamiento solipsista en exceso le hace, incluso, krausista infiel: “... me aísla perpetuamente en el dolor bajo todas sus formas, pues me aísla perpetuamente o en el temor a hacerme un hombre frívolo o malo, o en el sentimiento orgulloso cuya fórmula es: pues que los hombres no cuentan para nada con mi modo de pensar, de sentir y de hacer, alejémonos alejándonos”.¹⁰¹

El joven romántico de dieciocho años, había buscado en el krausismo el recurso para armonizarse. Sin embargo, eso le acarrea todavía más paradoja, interna y externa. En palabras suyas que conocemos, le envejece prematuramente. Instala a un anciano psicológico en el joven fisiológico.

En términos suyos, que también conocemos, le agranda el conflicto entre gloria literaria y gloria ‘virtuosa’. Continúa arrastrando un temperamento romántico de voluntad ‘pasiva’ (*sufro, luego valgo*; valgo sobre todo para sufrir, de Bayoan), con activismo febril en su interiorización. Eso le consume cantidades intolerables de energía vital cntrechocándose:

“...queriendo y no debiendo amar [...]. Contener una vida es peor que matarla; es obligarla a ser voraz en el momento de condenarla a los impulsos propios. ¿Qué habrá en el mundo que satisfaga este vacío [...], esta sed. Al inaccesible más allá que siempre busco?” (1,363).

Queriendo y no debiendo, indecisión de dirección, o de orientación, es lo que disminuye su actividad convivencial, incluida la literaria.

6.3. Ambivalencia de Hostos

Había dicho Píndaro que no debe esperarse nada seguro de un hombre inseguro. Por lo menos es lo que acontece en el caso Hostos. Forma literaria sí, forma literaria no. Aclimatándose todavía en Nueva York, en problemas con el inglés, escribe el 4 de enero de 1870:

“Ayer, cuando P. me traducía el Enoch Ardens, sentía yo por milésima vez las secretas sollicitaciones del arte, la voz interior, quizá la vocación interna, que me llamaban al cultivo exclusivo del arte; pero, ¿puedo? La debilidad de pensarlo prueba hasta qué punto ultrajan los otros las ideas que reverencio” (1,202).

Conocemos por esta biografía cómo enjuicia él al político y literato shakesperiano Piñeyro. Parece que Eugenio María ha estado argumentando ‘literariamente’ contra alguna de sus posiciones políticas, y le remueve la costra de vieja herida: está metido en política contra lo que realmente debería hacer lejos de la política: filosofía y literatura. ¿Las ideas que reverencia ‘están en conflicto con los sentimientos que inhibe El traductor ha despertado ‘su vocación interna’. Él dice presente al menor descuido. Una voz suplicante que ha oído ‘mil veces’, pero que ha relegado al sótano, a puerta cerrada y sin llave. Pudiera dejar libre en cualquier momento a su prisionera. Pero..., ¿debe?

Acepta que siente vocación literaria en determinado momento. La literatura romántica es uno de los factores que contribuyeron a que abandonara en Madrid sus obligaciones universitarias (1,27). Ha hecho literatura en periódicos madrileños y *Bayoan*, para él, a la larga,

continúa siendo literatura: “Es el único de mis trabajos literarios que contemplo con orgullo”.¹⁰² Parecería estar claro. Sin embargo, niega también que tenga vocación literaria: “vocación literaria que nunca he tenido”.¹⁰³ Lo mismo que afirma haber buscado renombre literario, y también lo niega. Lo afirma (1866) en Madrid, en París (1868), en Nueva York (1870), en Chile (1872). Afirma lo mismo que niega.

1866: “Hasta 1866 quería gloria, y nació *La peregrinación de Bayoan*” (1,26); 1868: “Vine a Europa para conquistar un renombre literario” (1,68). Sabemos que en 1869, en París, vuelve a soñar con ese renombre. 1870: “Mis planes de una gloria fácil que, de par en par, me abriera la república de las letras” (1,226); 1872: “...un fin que los resumía todos, hacerme una reputación para volver a mi país rodeado de la aureola que debía atraer la atención de mis compatriotas...” (2,23); 1873: “Yo no había vuelto a España para conquistar una gloria literaria que desde los albores de mi adolescencia hubiera podido conseguir. Yo no iba tras la gloria literaria”.¹⁰⁴

En ese prólogo a la segunda edición de *Bayoan* (1873), donde reafirma el carácter literario de su novela, niega su vocación a la literatura. Dice que en su relato trataba de alcanzar tres objetivos: uno político, otro social, y el literario; éste último ‘contribuyendo’ a los otros dos, absorbidos en el brillo literario. Y junto a tales aseveraciones, la de que pretendía salir de la literatura de una vez por todas, adquirido el renombre ‘de una vez’. “Seguir escribiendo libros era seguir perdiendo el tiempo”.

Está escribiendo en Chile diez años más tarde de cuando jugaba la inmortalidad literaria a una sola carta (¡!). Si el libro le daba la gloria que buscaba, sería el último. “Y si me la negaban, sería también el último. Las letras son el oficio de los ociosos, de los que han terminado ya el trabajo de su vida, y yo tenía mucho que trabajar”.¹⁰⁵ Como si de su ingente quehacer político imaginario, excluyera, en principio, como incompatible, el entretenimiento literario.

Según eso, habría sido un infiltrado “en esa miserable república de las letras, en donde la vanidad es poder ejecutivo, la envidia poder legislativo, y poder judicial la ignorancia del vulgo omnipotente”.¹⁰⁶ Amargura nada disimulada de su fracaso editorial en Madrid. Su juicio continúa siendo juicio emocional,¹⁰⁷ válido, según él, de él hacia los demás, no de los demás hacia él.

7. Su juicio contra la literatura

Su fallo, por generalización, se manifiesta claramente, como venimos viendo. No estará demás, por eso, analizar su teoría de la generalización.

La expone en Nueva York, tres años antes de viajar hacia Chile, y a propósito de la vida imposible con los compañeros antillanos revolucionarios. “Me hago su juguete –dice– por incapaz de pagar en la misma moneda, juzgando, combatiendo e inutilizando gente” (1,275). Impedida, paradójicamente, su convivencia por su “tenacidad de generosidad” con la gente.

Tres días después vuelve a imaginar la cantidad de páginas que podría llenar si se dedicara a recoger palabras, censuras, acusaciones, expresiones apasionadas que oye en su contra (1,277). ¿Cómo poder seguir aguantando tanto? Se lo explica con “una profunda verdad” que se le había escapado en *Bayoan*: “Tengo la desgracia de explicármelo todo” (1,278); y es a lo que llama “poderosísimas facultades de generalización cuyos males en las relaciones de la vida son palpables”. En otras palabras, mientras que los otros, sin pensarlo dos veces, no miran a quien dan el golpe, ni donde se lo dan, quien piensa por encima de ellos se convierte en su juguete y víctima. No tiene poder de contragolpe en que ellos son maestros. Y son más que palpables los males, las desventajas que eso conlleva en la convivencia diaria.

De esta forma funciona la ‘generalización’: “Determina un estado de abstracción mediante el cual nos aislamos de la pasión humana y, por ver más que los otros, vemos menor el mal y lo perdonamos, y no lo combatimos, o lo combatimos con armas que no se sienten” (*Ibid.*). El adversario no se da por enterado.

Es lo le sucede a él. Sus teorías y explicaciones no les entran a ellos, empeñados en sacarle de la dirección del periódico de la revolución. “Dicen que el periódico no tiene color”. Lo dicen y repiten de mil maneras que ofenden, sin consideración, sin pelos en la lengua.

Conocemos su propia evaluación: carece de las pasiones propias de un revolucionario. Ellos sí lo son. Es por lo que su ‘generalización’, o abstracción, no vale gran cosa ante esa gente. “Demasiada serenidad en el juicio, en la conducta, en el sentimiento y en la vida, hacen

creer en un misterio, en algo que los más atrevidos no se atreven a seguir” (1,279). De nada vale entre esa gente irles con teorías psicológicas, sociales, o metafísicas, misteriosas para ella. Y, aun cuando las comprendieran, serían incapaces de seguirlas. El revolucionario no se mueve por la abstracción, sino por la pasión. Es una desventaja, entre ellos, no ser uno de ellos. “No es buena demasiada serenidad en el juicio” (*Ibid.*). No es lo más útil siempre en la vida real.

Son las vísperas (1870) del prólogo chileno de 1873. El hombre ‘lógico’ que ‘tenía tristeza piadosa para las obras de imaginación’ (literaria) no convencía, sin embargo, al frente del periódico revolucionario de Nueva York. No conseguía darle ‘color’. Su teoría de la ‘generalización’ no era tan válida sobre su escritorio, donde el ‘hombre lógico si es rey señor (de su propia lógica), no como en la dialéctica de la vida real, en competencia con otros tipos de lógica emocional, o ideológica.

Desesperada situación económica en París le había sugerido reeditar allí *Bayoan* (1869), y lo mismo en Nueva York en 1870 (1,233). No es mejor su situación económica y emocional (1872-1873) en Chile. Se desplaza por Latinoamérica tras el chasco con los revolucionarios de Nueva York. Le había facilitado salir de ellos el amor ardiente por la chica colombiana, que conocemos. Al embarcarse ella con su familia hacia Cartagena, sigue sus pasos muy poco después. Como no hay matrimonio posible, sigue hacia Perú, y de ahí hacia Chile. Son dos naciones que, por haber mantenido recientes hostilidades con la Península, le hacen concebir esperanza de popularidad política a propósito del tema de las Antillas españolas. Caerá también tarde en la cuenta de su método solitario en pro de una causa que ni la diplomacia internacional podía movilizar hacia delante.

Lleva consigo a Chile otra nueva erupción amorosa que le ha sorprendido en Lima, donde, con otro amor más que le conmociona en Chile, concibe la idea (1872) de reeditar el *Bayoan* madrileño de diez años atrás con dos objetivos: ‘acercar’ más a la amada, y ganarse popularidad; pero, entre ambos objetivos, ‘ella’ sobre todo.¹⁰⁸ Exactamente lo que había buscado en Madrid la primera vez.

Está el libro imprimiéndose (1873) cuando Eros le sustituye un amor colombiano por otro peruano con el mismo final de siempre: matrimonio imposible, por procesos ya analizados. Herido de nuevo por tener que alejarse de la casa de los Villanueva, transcribe en su *Diario*:

“... yo maldecía el deber que acababa de cumplir. Yo hubiera querido llorar, no tenía lágrimas; yo hubiera querido gritar, y no tenía gritos; yo hubiera querido sollozar y no tenía sollozos. Teniendo allí la primera página de la segunda edición de Bayoan, que se está imprimiendo ahora, escribí en ella: ‘a Carmela, Hostos. *Ni un suspiro, ni una queja, ni una lágrima*’, palabras de Bayoan al salir de Cuba.¹⁰⁹

Escribe bajo presión emocional (amor, popularidad), respondiendo posibles preguntas acerca de la reedición de un libro desconocido diez años después de haber sido publicado. Y hace recaer la responsabilidad en el desconocimiento de su novela a la “falta de compañerismo de los literatos españoles” (2,23). Por qué esta aseveración es falsa, quedó analizado en su debido lugar en esta biografía. Por lo demás, no hay más que caminar algunos momentos al lado de Hostos para advertir contradicciones. Y aquí está la de este momento.

El problema no fueron los literatos madrileños. Fue él mismo: “Cuando lo publiqué por primera vez en Madrid a fines de 1863, era yo dos veces niño: por la edad, y por la excesiva idealidad en que vivía”.¹¹⁰ No obstante eso, el inexperto en 1863 responsabiliza de su fracaso editorial diez años después a segundas y a terceras personas allí mismo donde no pudo menos de reconocer el mal papel que jugaron en el proceso los “vicios de su carácter”.

Se da otra contradicción más global en ese prólogo chileno: la de su alarde de haber abandonado su romanticismo de adolescencia mientras reedita, a disposición de los literatos chilenos, y entre menosprecios hacia la literatura, su fe romántica.

Otra inconsecuencia más ‘en el haz de ellas’ (utilizando su mismo vocabulario) es la de asegurar que literatura y literatos le merecían en 1863 esos desprecios que está dirigiéndoles en 1873. Sabemos

que eso no es cierto, porque después de 1863 sigue coqueteando con la literatura.

Son las doce de la noche del 29 de septiembre de 1866. Por tercera vez trata de matricularse en la Universidad de Madrid. Para que esta vez sea definitiva, diferente, piensa irse a las afueras de Madrid para concentrarse mejor en el estudio. Había sido la divagación literaria la que le había distraído en intentos anteriores, con el consiguiente desfase académico. Doble propósito ahora, alejado de la Corte: “No sólo me prepararí para el estudio concienzudo del derecho, sino que prepararí dos trabajos literarios, cuya primera idea vaga por mi fantasía” (1,31). ¡Literatura! ¡Literatura! Y así tres años después en París (1869). En Chile mismo ha publicado *Plácido*, y *Hamlet*, un año antes de ese prólogo. Al año siguiente publica otro ensayo de crítica literaria sobre Carlos Guido Spana. ¿Por qué, entonces, escribe Eugenio María algo tan contrario a la realidad de los hechos?

7.1. Juicio emocional

Le hemos observado contradiciendo sus propios reclamos afectivos, por ‘temor de parecer frívolo’, porque se trata de ‘tonterías de los jóvenes’, porque siente repugnancia de hablar del tema, ‘repugnancia de sólo oír hablar de él a la gente’ (1,374). Y no es que no sienta el impulso erótico, sino que cierto puritanismo no le deja darle reconocimiento. “Me escandalizaba, cuando era mística aspiración del pensador”. Está tapando el sol con la mano. Cree que puede eludirlo mirando para otro lado. De ahí su “he podido amar mucho y no he amado a nadie”. Triste récord automutilándose.

Es lo que le sucede con sus sentimientos literarios. Los tiene. Los siente, y les dedica ráfagas de menosprecio entre contradicciones manifiestas consigo mismo. Por un lado, reniega de los grandes románticos; pero, por otro, románticos fueron, para los efectos, Rousseau, o Richter, de los que dice años después (1878): “Gracias a esos libros y a esos hombres que medité en mi adolescencia, yo he podido soportar todo lo que he tenido que soportar entre los hombres”. ¡Y está llamando a los románticos (1873) ‘corruptores de la razón, de los sentimientos y de la conciencia’!

Redacción de inseguro: “Ellos me han hecho el grave daño de ofrecerme por tipo una humanidad que nunca ha existido ni existirá; pero me han hecho el bien de enseñarme a despreciarla” (1,301). Asegura (1873) que quedaba atrás su romanticismo. Después, se gloria (1870) de haber heredado el desdén romántico, el desprecio hacia la humanidad impertinente con su gran poder personal de aguante, de resistencia ‘pasiva’. Paradoja de un martirio inoperante, de dejarse martirizar: “El martirio no es el esfuerzo mayor que se puede hacer por el triunfo de una idea. Yo me inclino más al papel pasivo de mártir que a cualquier otro, y de ello he dado pruebas bien dolorosas” (2,81-82).

No obstante, a propósito de esa voluntad o resistencia ‘pasiva’, la considera equivocada en 1873, “presión de una idea errónea” (2,50-51); para volver a glorificarla y a gloriarse de ella en 1878. ¿A dónde ha quedado el ‘hombre lógico’ krausista, hombre ‘completo’ a que, dice él, aspiraba al publicar por primera vez su novela en 1863?

7.2. Análisis del juicio emocional

Tiene su causa tanta inconsecuencia acumulada. El estado emocional en que se encuentra en Chile durante ese bienio 1872-1873 es perturbador. Lo consigna en su *Diario*. No hay que suponer nada; simplemente, repararlo. En el mes de mayo de 1873, en Santiago, se siente física y moralmente mal, bilioso, nervioso: “El sentido de la realidad se impone más y más a mi espíritu, y deposita tal cantidad de ideas, sentimientos y deseos opuestos a lo que yo hubiera desarrollado antes, que no sé lo que pienso, lo que siento, lo que quiero” (2,43). Un mes después siente molestias en su cerebelo, y “temo por momentos volverme loco o estar ya monomaniático” (2,43). “Esta hirviente llama de ideas y de sentimientos que hay en mí” (1,273) crepita desde fondo erótico, desde fondo político, desde fondo existencial turbulento. Cualquier cosa menos serenidad. Hasta hace antiespañol a su primer Bayoan que, originalmente, no había sido tal cosa; sino federalista.

El protagonista del prólogo no es el de la novela que está reeditando. Sí es el mismo padre de esa criatura “lastimado” (VIII,31), con heridas que no le han cicatrizado. *Bayoan I*, el madrileño, sigue

doliéndole: “Una de las luchas más graves por que he pasado, y de la cual no me he curado todavía” (1,226).

Eugenio María ‘Bayoan’ sí había sido el protagonista de su novela en 1863. Pero diez años después, su prólogo poco tiene que ver con su novela. Había rechazado en 1863 que nadie se la prologara, y diez años mayor, no informa correctamente de aquellos hechos. Tan pronto asegura que, es la obra literaria por la que siente más orgullo, como pone en duda su valor real: “Este libro me ha sido funesto [...]. Cuando lo publiqué por primera vez en Madrid en 1863 era yo dos veces niño”.¹¹¹ El tiempo le hace funesta la novela que había imaginado fausta, prometedora. En 1866 ya la ve borrosa; como “fábula de una volición latente”.¹¹² El Tiempo, padre mítico de la verdad, le dice que antaño tenía “menos claridad que hoy”.¹¹³

Si por ‘volición latente’ entiende enamoramiento latente, también éste ha pasado por experiencias femeninas en cadena. Después de su Eros español, los besos ardientes de Memé en Nueva York. A continuación, le estremece de amor una colombiana. Luego, Manolina, la peruana a quien escribe “una carta abrasadora” (2,72). A ésta la sustituye la chilena que se le metamorfosea también en “recuerdo abrasador” (2,53), sin que sucediera lo mismo en dirección contraria: “Hacía frío moral aquella noche en casa de la familia”. La presencia Eugenio María no abrasa la imaginación y los sentidos de la muchacha en el grado que a él le abrasa el solo recuerdo de la niña: “Usted va a convertirse en una estatua de hielo” (2,50). Ella ha visto a tiempo que el pretendiente no está claro consigo mismo. Si vino a Chile “para alcanzar un gran renombre”, la niña, enfermiza como Ofelia, le ruega que se aleje de ella (2,37). Si para convencer de que tiene corazón invita a “leer las primeras páginas de *Bayoan*” (1,237), y que seguramente él se las ha leído a ella, Eugenio María en carne y hueso no le convence.

Eugenio María proyecta ausencia, soledad. No consigue sacudirse de encima ese peso, a lo Sísifo: “Completamente solo para rumiar mi dolor, para buscar medios con que curarlo; pretextos para aumentarlo, resoluciones por tomar, resoluciones por desechar, busco en vano quién podrá, o quién querrá oírme gritar, quejarme, maldecir” (2,53). Este Eugenio María hacia dentro es quien escribe y describe manifestándose zigzagueante sobre el papel: “... vacilación constante,

en una perpetua maduración de lo que nunca hago” (1,227). ¿Quién, o qué, le había mandado a viajar por Hispanoamérica? “Un hombre solo no puede decidir una situación como la de las Antillas” (2,81). ¿Por qué no lo había ponderado a tiempo?

La conclusión a que llega después de su periplo por Latinoamérica es la misma a que había llegado al cruzar el Atlántico, vía París, de Madrid a Nueva York: Impotencia, tristeza, cosecha de humillaciones (2,11). Este es el balance. No ha obtenido otro resultado que “procurarme el odio violento de los españoles, sin una sola adhesión decisiva de los americanos. Estoy aquí de más” (2,77). Dentro de sí mismo, y por fuera.

7.3. Dos críticos antillanos

Rodríguez Juliá, reconocido escritor puertorriqueño, pone en duda la sinceridad de Hostos cuando escribe (1873) que ha dejado atrás el romanticismo.

El fracaso de sus tribulaciones con la gloria literaria, cuyos favores sigue implorando durante los años que siguen a *Bayoan*, tiene su punto de referencia obligatorio en ese traspies editorial de 1863. Escribe Rodríguez Juliá:

“El rechazo de la ‘gloria literaria’ que él identifica con el romanticismo, no deja de asombrarnos, hasta provocar en nosotros cierta escéptica sonrisa. La mera existencia de un segundo prólogo para una segunda edición, nos revela cuán cercana a su afinidad romántica estaba esta novela reeditada en 1873. Hostos todavía se consideraba tentado a convertirse en ‘un corruptor de la razón’¹¹⁴

Pero es un investigador dominicano quien dedica más páginas a la actitud de confusión de Hostos con la literatura.¹¹⁵ Un pasaje del *Diario* podría servir de preámbulo.

Hostos llama al puertorriqueño Matías Ramos su hermano y amigo, y a su familia su ‘segunda familia’; lo cual no impide que en otro momento le llame también ‘imbécil’ (1,68), por las dudosas intenciones con que ha sido utilizado por él. Pero, ¿no es él, el propio

Hostos, el ambivalente, ‘admirándole y vituperándole’, quien provoca la ambivalencia de Ramos? ¹¹⁶ Parece ser que no se han sincerado claramente el uno con el otro. De ahí que su determinación de abandonar a la familia Ramos en Barcelona, alejándose hacia el Perú, no impide que continúe alabando al amigo y benefactor ‘imbécil’.

Sin que esto, no hay por qué decirlo, tenga aplicación literal a la investigación del literato dominicano, la tiene en cuanto a un conflicto de lealtades; porque, por un lado, está “la dimensión colosal de Hostos” en la historia de la pedagogía dominicana,¹¹⁷ y por otra la audacia crítica que se necesita para poner en tela de juicio si la figura de Hostos estará suficientemente aclarada.¹¹⁸ En ese conflicto entre el coro de la glorificación y el diablillo que pone dudas en músicas tan celestiales, Oraa escribe:

“Quizá al acercarnos a estos estudios hostosianos nos invade una inicial desorientación. Vamos buscando un estudio de crítica literaria, un ensayo, y nos encontramos con otra cosa, con el punto de vista de Hostos, que siempre nos sorprende agradablemente. Si juzgamos a Hostos desde el punto de vista crítico-literario, no podemos valorar su obra. Carece de fundamento crítico muchas veces, tergiversa acontecimientos. Pero leyendo a Hostos nunca se pierde el tiempo. Siempre encontramos puntos de vista interesantes...”¹¹⁹

Hostos el tergiversador, sin fundamento crítico muchas veces, sorprende sin embargo a su crítico con otros puntos de vista sobre la marcha. A toda velocidad menciona “la base de su espíritu”, que oculta a un león “grandioso y conmovedor”,¹²⁰ sin dedicación a desvelar si, en efecto, existe tal león. El panegirismo coral, emocional, del nacionalismo quisqueyano interfiere con tan generosa intencionalidad crítica.

Así, no puede menos de señalar, sin poder encontrar explicación, afirmaciones desconcertantes; como que “lo bello por sí mismo no es moral, antes es sacrificio de medios morales por efectos estéticos”. Y reta al propio Hostos a que compagine eso con algunos de sus encasillados de la *Moral social*.¹²¹ Lo mismo con “la vana gloria y espejismo de la sana gloria”, aseveración de Hostos poco aceptable acerca del escritor.

Desconcierta este Hostos de afirmaciones generales a costa de la sana lógica. “Y esto es lo más grave de Hostos, hacer afirmaciones tajantes y absolutas, sin salvedad alguna”.¹²² Nosotros venimos llamando a eso, a través de esta biografía, juicios emocionales.

Oraa se atreve a desentonar en el coro de laudes. “No estamos de acuerdo con los siguientes enfoques: -no es honesto deducir conclusiones absolutas partiendo de hechos concretos, locales o temporales; -no creemos acertado renunciar a una potencialidad comprobada sólo porque en casos aislados o extraordinarios se haya empleado con fines bastardos”.¹²³ Él, por esto mismo, mal llamado por alguien Maestro de América, que obtuvo fortuna con la frase, ¿no era acaso paciente de ofuscación?

“Para mí ha sido sorprendente observar a Hostos situado en una actitud negativa. Él, que tenía vocación de apóstol, renunció a su influjo en el campo literario, o mejor, renunció al influjo que podía ejercer a través de la literatura. La razón última es que se ofuscó por el lado negativo y dejó de observar las ventajas y las armas positivas que la literatura brindaba a su vocación consagrada”.¹²⁴

El lector que haya seguido nuestros análisis de esa ‘vocación’, análisis ausente en la obra de Oraa, comprenderá por qué ese crítico termina por incorporarse al coro de laudes. Apoyado en una cita que hace Alfonso Reyes de Platón, Oraa, nada menos que la acerca a Hostos. Tanto Platón como Hostos coincidirían en ver a la literatura “con un criterio extraliterario”.¹²⁵ Y así cierra su investigación: platonizando generalizaciones sin fundamento, ofuscaciones, tergiversaciones, actitudes negativas, y demás.

Pero, ¿es que acaso Platón es negativo hacia la literatura? La deja en determinado momento fuera de la política, en cuanto tareas que pueden darse por separado. Sin embargo, su *Sócrates*, muy al contrario de Hostos, deja la política y el campo de batalla por el ocio filosófico y estético, que Hostos menosprecia hasta el vituperio. Literato y político, Platón entra y sale de lo literario, vuelve de nuevo a entrar, pues no escribe de política sin hacerlo literariamente. Hoy día, Platón hubiese sido, como Bergson, un Nóbel en literatura.

7.4. Originalidad en la pluma del Hostos español

Abunda en él la autoglorificación del ser ‘interior’, herencia krausista del hombre invisible para los demás. Sin embargo, Eugenio María no alcanza un estoicismo robusto. Llama desagradecidos a los puertorriqueños por su desdén hacia *La peregrinación de Bayoan*. Desagradecidos, según él, porque de no haber consagrado su tiempo a la causa de la Isla, quizá *hubiera podido llegar a ser* una gloria europea (¡!). Con esta otra autoevaluación paranoide; de haber cultivado las cualidades que creyó tener a sus dieciocho años, “yo hubiera podido llegar a ser la sorpresa de España” (2,137). Se impone, pues, atender cómo ve él su originalidad, independientemente de cómo puede verlo a él la crítica.

7.4.1. Cómo ve el joven Hostos su originalidad

Sabemos que, para él, hombre ‘lógico’ no significa ‘filósofo’, ese ser solitario que filosofa en el vacío (1,206), que sólo “piensa y siente las grandes necesidades de su tiempo”, todo un “egoísta de conciencia” (1,207). Para él, aspirante a krausista, hombre lógico significa hombre entero, ‘completo’, es decir, comprometido con el progreso de la humanidad, realizándose él mismo como hombre.

Eugenio María, novicio krausista, se considera a sí mismo ‘lógico’ y ‘completo’, porque, frente a tales grandes necesidades de su tiempo, pasa a “intentar vivirlas en su vida, combatirlas en acción, sacrificarles mi existencia”. Medita eso en Nueva York mirando en lejanía hacia la Europa que acaba de dejar, convulsionada en sus “sociedades carcomidas” (1,388), en situación muy grave, pero, precisamente por eso, (conocemos su concepto del mal) “más natural”. Tanta crisis resalta la necesidad de los ‘principios’, ‘justicia’, ‘libertad’, ‘ciencia’ y ‘conciencia’. Por su dedicación a la causa independentista de Cuba y de Puerto Rico cree él que ha entrado a ser actor de progreso decimonónico.

¡Ah! Quiera el cielo que, pues me lanzo a la vida de este siglo y me ha dado inteligencia, sentimiento y voluntad y conciencia para comprender, sentir y querer y conocer el triunfo de la verdad sobre la

mentira, de la justicia sobre la iniquidad, tome yo en esta contienda guerrera la parte que me siento capaz de tomar, que anhelo con delirio tomar y realizar” (1,389).

En 1869 cree que está pasando del periodismo político proantillano a una acción militar en combate. Se considera viajero, desde la teoría federacionista, al campo de batalla. Y, efectivamente, no es original en tales teorías federalistas en circulación, sino en el intento de sumarse a los voluntarios en armas. Llegará a varios cientos el número de puertorriqueños en armas al lado de Ríos Rivera en la manigua cubana. Ríos Rivera nace en el mismo barrio mayagüezano de Hostos, e interrumpe sus estudios universitarios en la Península para empuñar las armas contra el ejército colonial en Cuba. Sin embargo, la diferencia entre ambos mayagüezanos es la que hay entre un hombre de acción, como es Ríos Rivera, y un indeciso contemplativo, que es Eugenio María.

La teoría federacionista, es decir, el paso de las Antillas españolas del *status* colonial al de una confederación, estaba en el periodismo europeo y peninsular. Antes de que Eugenio María transcriba en su diseño de *Bayoan*, conversaciones de café y de salas de redacción, esa opción, la tenían expuesta variedad de columnistas. Era la ideología de Emilio Castelar sobre Hispanoamérica (1857), y la exponía el cubano español (1856-1857) Calixto Bernal. Cuando Eugenio María adopta esa ideología política no hace otra cosa que afirmar en Madrid su patriotismo español, uniendo su parecer al de quienes, ante el expansionismo norteamericano inminente, claman por una reforma urgente del colonialismo español en el Caribe.

Cuando escriba más tarde (1870): “... esa querida revolución de las Antillas, único sueño de mi adolescencia y de mi juventud...” (1,370), su memoria no registra que ese no era su ‘único’ sueño. *Bayoan* había sido concebido (1863) en el seno de otro sueño: el del ‘hombre completo’ krausista. Hay una liga romántico (independentista) krausista en su relato. Y una vez más, esta vez desde Nueva York extrapola los hechos. En su adolescencia-juventud peninsulares no andaba por su imaginación una reforma antillana por medio de la revolución armada. Cuando apenas está pisando Nueva York, y escribe algo tan paranoide como esto: “La posteridad

dirá que Eugenio María Hostos fue el verdadero director de la revolución de las Antillas” (1,170), única y exclusivamente tiene significado en el sentido de que, por corto periodo dirigió el periódico de la revolución. Porque es críticamente insostenible que él superara en capacidad mental y práctica al verdadero director del movimiento, el médico Ramón Emeterio Betances. Que el federalismo que Eugenio lleva en sus maletas desde Madrid (1,177-178) no fuera la opción de Betances, no implicaba, para nada, táctica o estrategia superiores a las del médico antiespañol.

Por otra parte, tal autoestima como revolucionario sabemos que no encaja con su confesión de que carece de las pasiones de un verdadero revolucionario. De todos modos, sin tener que regresar a planteamientos ya expuestos, ese periodo biográfico de Eugenio María Hostos está cronológicamente fuera de nuestra cronología biográfica.

No obstante, sí importa para nuestra cronología conocer por quién se tiene a sí mismo nuestro biografiado: en cuanto individuo, en cuanto político, en cuanto escritor, hijo y hermano, pensador, periodista, y demás. El lector de esta biografía conoce las evaluaciones del propio Hostos. No vamos, por eso, a regresar a cada una de ellas, pero sí a la visión global (siempre contradictoria) de este primer Hostos sobre sí mismo: “En mi corta vida, he hecho silenciosamente cuanto hubiera bastado para darme una gloria imperecedera” (1,205). El ‘hubiera’ condicional, sin correspondiente condición, pertenece a la imaginación. Los subrayados en la transcripción siguiente son nuestros.

“*Como individuo*, he sacrificado temporalmente el amor a la amistad; este acto de virtud me hizo enemigos a todos mis amigos, porque no lo comprendieron. Fue la primera lección práctica de justicia. *Como hijo y hermano* preferí el dolor de los seres más queridos al sacrificio de la verdad representada en las ideas de mi conciencia...” (Ibíd.)

He sido *un escritor*, por la sinceridad, superior a los de mi tiempo, y nadie lo piensa ni lo dice; he sido *un político* más previsor que la mayor parte de los que veo siendo admirados, y no he podido obtener otros sufragios que los de algunos admiradores. Nadie en el mundo ha hecho más sacrificios de amor propio por amor a la causa de su

devoción, y sin embargo no he dejado de oírme tachar de orgulloso. He contado todas mis debilidades desde las del espíritu hasta las de la razón y la conciencia, que son las que hacen la fuerza social. Jamás se ha pensado en hacerme justicia” (1,144-145).

Como pensador produjo a los veintitrés años una obra que tiene más valor intelectual, más sustancia moral, más personalidad literaria, más originalidad política, que muchos de los libros imaginarios de mi tiempo [...]. *Como periodista*, conquisté con mis primeros escritos una reputación, pero reputación callada, sin brillos, sin exterioridad [...]. *Como amigo de la libertad*, jamás hombre alguno, en igualdad de circunstancias, hubiera hecho lo que yo hice en abril de 1865, ni en medio del año sesenta y ocho, ni en la primera mitad del sesenta y nueve. Esto lo sabe todo el mundo y todo el mundo lo calla; y si yo digo que he podido ser una gloria literaria, un renombre en el periodismo, una posición capital en la política, y que no he querido [...], dirán que ha sido por vicios de carácter, por inútil e incapaz para la práctica...” (1,205-206).

Lo de ‘los vicios de carácter’, no es que lo digan sólo los demás; sabemos que él mismo lo reconoce. Tenemos analizados, uno por uno, en su respectivo lugar, todos esos juicios desproporcionadamente irreales. Cuando llega a escribir que su inteligencia ha abarcado todo el pensamiento de su siglo, puede engañar al lector. Porque si lo ha hecho, quizá ha sido como la han abarcado tantos más, como lector. Puede engañar al lector, y ha sido engañado más de uno que ha tomado por reales las dimensiones que el propio Eugenio María Hostos se atribuye: “Pero los legados hechos al arte, a la historia, a la sociología, a las ciencias naturales, a la ciencia práctica del gobierno [...], eso es demasiado para un hombre solo” (1,145). ¿A dónde, fuera de su imaginación, está tan grandioso legado?

7.4.2. Originalidad real

No vamos a repetir cuanto hemos aclarado sobre su formación intelectual, sin disciplina, de autodidacta. “¿Inteligencia? Todo ha sido trabajo solitario, desordenado, penoso, oscuro, lleno de tormentos y de dolores de injusticia” (1,281). Es como su inteligencia se ha

paseado sobre los acontecimientos y pensamientos de su tiempo; sin detenerse a analizar sistemáticamente el pensamiento de nadie.

Algunos críticos, Cores Trasmonte ¹²⁶ y Arturo Dávila ¹²⁷ han señalado el hecho de que Hostos no menciona apenas las fuentes de su pensamiento. El último de ellos advirtiéndolo que, mientras tales fuentes no sean tenidas en cuenta, se carece en realidad del grado de originalidad de los escritos hostosianos. En algunas partes de la presente biografía hemos venido señalando fuentes; con lo que hemos insinuado la necesidad de ese tipo de indagación.

La más original de sus obras son sus *Diarios*. Está clara en ellos su fuente: su impresionismo de conciencia. La venimos frecuentando, hasta la saciedad, en la presente investigación. En cuanto documento krausista es, en España, el más importante. El eterno aspirante a hombre ‘completo’ desarrolla paradójicos estados mentales, que nos son conocidos, en su ensimismamiento excesivo.

En cuanto a fuentes externas en sus escritos peninsulares, hemos venido señalándolas en los de carácter romántico como en los de carácter político. Pero vamos a proponer una muestra de lo que estudios posteriores más detenidos pueden ir consiguiendo.

La muestra que escogemos es en torno a su actitud frente a los clásicos castellanos. Conocemos que, tarde en su vida, se refiere a su conversación en Madrid con el autor de *Los amantes de Teruel*. El entonces ya anciano poeta trata de convertir a Eugenio María a los clásicos del Siglo de Oro. Éste se resiste, objetando que el progreso lingüístico no puede estar de regreso al pasado. Hostos deja ver que ‘entonces’, y siempre, ha mantenido esa convicción.

El investigador quizá ponga en duda la originalidad de tal juicio. Porque lo que está haciendo ahí el autor de *La peregrinación de Bayoan*, es teoría romántica en curso durante su juventud madrileña. Basta atenerse a página tan representativa como la de Mariano José de Larra.

El gran romántico censura al neoclasicismo español (Moratín padre, Jovellanos, Meléndez Valdés...), que, siguiendo al francés, traen a primer plano a los clásicos y el casticismo. Confundieron, sin embargo, ser originales con ser imitadores. Página afín, en realidad a la de Víctor Hugo prolongando *Cromwell*, donde el gran romántico francés defiende la libertad romántica frente al tradicionalismo clásico.

“Este es lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien: marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política,, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas y pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado a dar al público un artículo de periódico acerca de la *elección directa*, de la *responsabilidad ministerial*, del *crédito* o del *juego de bolos*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido a semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que la escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódicos. Lo más que pueden los puristas exigir es que al adoptar voces y giros, frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua”.¹²⁸

Es la rebeldía de Eugenio María contra la forma literaria, o literatura formal, aunque, por su misma indisciplina académica, no pueda expresarlo como Larra. No se trata de otra cosa que de llevar el progresismo (que profesa políticamente) a la literatura; otra cara más del liberalismo, de origen romántico.

En nombre de la libertad, romántica y política, Eugenio María no se desvincula ya más de tales raíces liberales, entra las que cuenta su inconformidad literaria, reforzada por el krausismo y por su temperamento inestable, turbulento, descontrolado.

No obstante, su espíritu de contradicción no le permite sacarle todas las consecuencias al liberalismo literario, como debiera sacudirse de encima también el moralismo,¹²⁹ algo que impide en él el krausismo. Su actitud anticastiza y antipurista, no obstante, tiene clara procedencia.

“Si nuestra antigua literatura fue en nuestro Siglo de Oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia, si no pudo renacer sino en andadores franceses y si se vio atada por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad, sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestros que la Naturaleza, joven, en fin, como la España que constituimos. Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: ¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno. No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre”.¹³⁰

Ninguna preceptiva en la preceptiva romántica. Larra defendía el sincretismo literario precisamente porque corriente alguna, o moda literaria puede pretender monopolizar la creatividad del espíritu, trátase de literatura clásica, nacional, o romántica incluso.

“Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entona sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia (y de la historia y faro, por lo tanto, del porvenir); estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo”.¹³¹

Sin las trabas del moralismo krausista en la visión que ofrece Hostos de la literatura, parece que estamos observándolo embebido en la lectura de Larra en un rincón de la sala de lectura del Acento

madrileño, lectura con resonancia en conferencias de todo tipo en las salas contiguas.

Notas

¹ “Don Manuel Quintana, para unos el primero de nuestros líricos clásicos, y para otros el segundo” (Menéndez Pelayo, *Don Manuel Quintana. La poesía lírica al principio del siglo XIX*, 33ª Conferencia del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Curso 1886-87, Madrid, 1887, p. 38). Lírico, trágico, crítico, historiador, político, perseguido, desterrado, “apóstol de las doctrinas que después se llamaron progresistas” (pp. 2-3). En esta biografía nos hemos encontrado con la resonancia que tiene Quintana en el Partido Progresista, al que Hostos se afilia. Menéndez Pelayo califica al poeta del progresismo de “figura estoica y rígida”, así como “poeta inflexible y de una sola cuerda” (p. 5). Rígido también, idealista inflexible, Eugenio María, militante en el mismo progresismo político peninsular, se volverá contra la poesía lírica.

² “... álbum que en la segunda mitad del siglo pasado fue tormento de artistas y escritores, moda bien intencionada y algo cursi, costumbre loable y recuerdo de unos valores intelectuales que hoy cada uno aprecia según su cultura y su sectarismo artístico. Era la gran época triunfal del romanticismo, en que los editores se enriquecían publicando el *Oscar y Armanda*, y *Abelardo y Eloisa*; en que estaban de moda las visitas a los cementerios en las tardes grises, en que Valero era más aplaudido que Julián Romea, los pollos usaban melenas, y ellas torturaban su cutis para darle tintes pálidos y melancólicos. En este ambiente se hizo costumbre reunir en un álbum dibujos y acuarelas, poesías y fragmentos musicales, con la firma de los autores de más popularidad y de más valía [...]. Fue la juventud romántica, hija de una burguesía sesuda, quien primero la divulgó en Barcelona, y fueron los artistas los verdaderos profesionales que contribuyeron a afianzarla, mostrándose verdaderamente pródigos en sus firmas y en sus trabajos primero, y acabando después, casi todos ellos, por formar también su correspondiente álbum” (Arturo Masriera, *Los buenos barceloneses*, p. 24).

³ *Obras Completas*, VIII, 7.

⁴ “Estas islas del Mar Caribe, llenas de luz, rientes de verdura, con ustorias perspectivas marinas, como las islas del Mar Jónico, producen temperamentos voluptuosos, artistas más que razonadores...” (Blanco Fombona, *Hostos...*, p. 15). Todavía el 22 de abril de 1916, Nemesio Canales escribe a Meléndez Muñoz que el pensamiento en Puerto Rico “es una cosa tan extraña como un eclipse de sol” (M. Meléndez Muñoz, *Lecturas puertorriqueñas* (1919), Edit. Campos, San Juan de Puerto Rico, 4ª. ed., 1959, p. 146).

⁵ Alejandro Tapia, *Conferencias sobre estética y literatura*, Ediciones Rumbos, Barcelona, 1968. Cayetano Coll y Toste, en el prólogo a la obra póstuma de Tapia, *Mis memorias*, escribe por los años veinte: “... creador del teatro puertorriqueño, sus obras se pusieron en escena muchas veces. Y si hubiera ido a vivir a Madrid este ilustre dramaturgo, como hizo la cubana Avellaneda, hubiera obtenido pingües

resultados. Se aplanó, como solemos decir los criollos, y el apego del terruño le fue fatal en sentido financiero”.

⁶ Es decir, imitando aún modelos peninsulares. Escribe acerca de un joven poeta dominicano de 26 años el 7 de agosto de 1887: “*La carta de la abuela*, felicísima imitación del más conceptuoso de los poetas contemporáneos españoles...”.

⁷ En dos volúmenes, traducida al francés en 1861, traza la trayectoria de la democracia desde Grecia hasta el siglo XIX. Su capítulo final, “Pacto federal internacional”, es acertado presentimiento de la ONU. Partidario de la monarquía democrática en la lucha entre cubanos separatistas e incondicionales a España, se sitúa en el término medio del autonomismo. Es también militante antiesclavista.

⁸ Concha Espina dice haberlo leído en un *Compendio histórico* (en *Hostos hispanoamericanista*, p. 51). En el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano de literatura, ciencias, artes, etc.*, tomo XI, se dice: “escritor español contemporáneo, nacido en Puerto Rico en 1840. Se educó en España...”, con más inexactitudes.

⁹ Juicio extravagante de Menéndez Pelayo (*Historia de la poesía hispanoamericana*, t. I, Madrid, 1911, p. 311). Considera a Hostos dominicanizado, dedicado a transformar la enseñanza en La Española durante sus dos estadías en ella: de 1880 a 1888, y a partir de 1889. Es ahí donde escribe “algunas de sus principales obras”, como la *Sociología*, la *Moral social*, y el *Derecho constitucional*. Lo de ‘pensador evolucionista’ parece obedecer a información superficial. Hostos gana su primer premio en un concurso frente al Consejo Superior de Instrucción Pública en Santiago de Chile (Programa de Historia y Geografía, Santiago, 1893). Dos años después publica también ahí *Geografía evolutiva*, primera y segunda parte (Comprada por el Gobierno para texto de todos los Liceos). El primero de julio de 1895 escribe a Fidelio Despradel en Santo Domingo: “en estos días le enviaré cuatro escritos de la *Geografía evolutiva*, que he hecho imprimir para dar idea de lo que debe ser la enseñanza en esa asignatura desde el primer momento de ella”.

¹⁰ T. XXI, p. 1445. “Original pensador y prosista notabilísimo que llevó a aquella Isla (Santo Domingo) su magisterio”.

¹¹ “Eugenio María de Hostos fue, sin duda alguna, la figura intelectual más importante y polifacética de Puerto Rico en el siglo XIX. Sus actividades como educador, moralista, político, novelista, crítico literario, jurista y sociólogo, se desarrollaron en un amplio radio que abarcó tres continentes. Su legado intelectual en todas estas áreas forma uno de los conjuntos de ideas más completas de todo el patrimonio decimonónico de América Latina” (José Luis Méndez, prólogo al *Tratado de sociología* (1889), p. 25) Ver bibliografía.

¹² *Diario* 2,93. Reseñamos en su sitio sus relaciones con Castelar. En 1868, en que vimos el doble juego de Hostos con él, hasta inventa un adjetivo despectivo. Dice de sí mismo que a ratos se siente “tímido, asustadizo, mujeril, castelariano, cuando va de la pasión al movimiento” (1,73). En Buenos Aires (1873) sigue respirando animosidad contra su otrora ‘amigo’; ahora “el más traidor de ellos (en el gobierno español) a los principios de la República” (2,71).

¹³ Lo que Julio Bañados Espinosa decía en Lima de Ricardo Palma, prologando sus *Tradiciones peruanas*, aplica en gran parte a Hostos. “Le ha pasado a él lo que sucede a casi todos los hombres de ingenio de la América Española. La escasez de población, la falta de especialidades en los diversos ramos de la actividad intelectual, y la poca difusión del saber humano en las masas, obliga a los pueblos americanos a utilizar a sus hombres de talento en varios trabajos a la vez. Es un enciclopedismo impuesto por las circunstancias y los acontecimientos. He aquí que todo escritor en América, es simultáneamente hombre de Estado, político, diplomático, y en muchas ocasiones recibe comisiones incompatibles con su carácter y modo de ser”. Sin que se olvide que Ricardo Palma es Académico de la Lengua, activo en las sesiones de esa Academia en Madrid.

¹⁴ Como la de Rogelio E. Alfaro; que fue para la causa de la independencia de Cuba lo que *La Cabaña del Tío Tom* de Harriet Store para el movimiento abolicionista de los Estados Unidos (En *Índice hemero-bibliográfico*, p. 16, recogida en *El Mundo*, 6 de nov. 1938). Ante afirmaciones tan irresponsables, cabe repetir lo que acertadamente escribe Luis Ricardo Alonso: “Más de una vez se leen juicios literarios de quienes parecen no haber leído el libro, pero creen de rigor comentarlo, dado el prestigio del autor” (*Hostos y Martí novelistas*, p. 2).

¹⁵ Tal como dijimos a propósito de otros puntos oscuros en esta biografía. Eugenio Carlos de Hostos dice que son *La novela de la vida*, *La resurrección social*, y *La tela de araña* (en *Hostos peregrino del ideal*, p. 224) ¿Por qué éste y otros puntos no los esclareció la familia Hostos? Julio César López sigue esa enumeración: “Se perdieron seis libros, tres de los cuales eran novelas (*La novela de la vida*, *La resurrección social* y *La tela de araña*)” (*Los horizontes de un viaje*, p. 72). Véase siguientes notas 17 y 45.

¹⁶ Eugenio Carlos de Hostos da como fecha de publicación 1866. “Escrita para complacer a Amparo López del Baño y Matías Ramos, para socorrer al español Trians con el producto de esas memorias, dedicadas a Isabel II”. La reina socorrió a Trians con dos mil pesos (*O. y l. c.*). Por las razones políticas que dimos en su debido lugar, es cuestionable esa fecha. El cinco de noviembre de 1866 escribe Hostos en su *Diario* (1,44) que intenta publicar una obra. Evidentemente, no puede ser ésta, de la que ya se había encargado y beneficiado Matías Ramos.

¹⁷ Eugenio María Hostos, *La tela de araña*, con prólogo, introducción y notas de Argimiro Ruano, Ediciones Riqueña, Mayagüez, 1992.

¹⁸ “Al llegar el 1868 yo obtuve del librero Durán la traducción de las obras de Proudhon. Yo había hecho la de uno de sus volúmenes de *La Revolución en la Iglesia y en el Estado*, que satisfizo a Durán. Pero él quería que el precio de la traducción fuera el menor posible y que mi trabajo fuera más lento, y eso rompió nuestras relaciones” (*Diario* 2,25). Lo de ‘más lento’, pudiera también significar que no contase con la publicación inmediata. Con poca exactitud dice Américo Lugo: “De regreso a Madrid (1868) tradujo para el librero Durán *La Revolución en la Iglesia y en el Estado*, de Proudon” (en *Hostos peregrino del ideal*, p. 184). Hostos dice con más credibilidad, qué es lo que hizo, y hasta dónde. Eugenio Carlos es todavía más inexacto. Dice que tradujo las obras de Proudhon, *La Justicia* y *La Revolución en la Religión y en el Estado*. Hace de la misma obra dos, citando

incorrectamente la segunda. El título de la obra de Proudon, publicada en 1858, es: *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise. Nouveaux principes de Philosophie politique*. El hijo de Hostos incurre también en la equivocación de decir que Don Quijote es otra de las obras traducidas por su padre, cuando sabemos de qué se trata. Véase nota anterior 13. Se trata de uno de los capítulos de la obra *Don Quichotte*, de Paul de Saint Victor.

¹⁹ En *El Museo universal*, II, de nov. 1866. “He luchado con el pan cotidiano demasiado ásperamente” (1,46).

²⁰ Eugenio María Hostos, “Armonías, por D. Ventura Ruiz Aguilera”, en *Obras completas de V. Ruiz Aguilera*, Madrid, 1873, 3ª. ed., pp. 303-313.

²¹ En *Las Antillas*, N.º. 11, 1967.

²² “El Barbero de Sevilla”, en *La Voz del Siglo*, 8 de dic. 1868.

²³ En *La Voz del Siglo*, 17 de sept. 1868.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Diario* 1, 158-159.

²⁶ “Invariablemente, saco de la gaveta los papeles en que escribo siempre con trabajo, a tal punto están ellos revueltos con otros manuscritos, de los cuales los separo para tener algo sobre que depositar mi pensamiento” (2,107).

²⁷ A propósito de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega, José Joaquín de Mora advierte de la dificultad de traducir bien a Shakespeare.

²⁸ Antonio María Fabié, “Goethe y el Fausto”, *La América*, 8 de julio 1859, pp. 5-7.

²⁹ La de Durán, tan frecuentada por todos los intelectuales, y por Hostos, en la Carrera de San Jerónimo, ha quedado descrita por Pérez Galdós *La España trágica*, pp. 11-12, como “una especie de aduana donde recibimos la importación de la cultura europea. Difícil es precisar la innumerabilidad y catálogo de libros que con la divisa de Didot, Charpentier, Plon, Hachette, Leo y otros afamados mercaderes de material literario han entrado por allí en más de medio siglo, y el cúmulo de ideas que enfundadas en masas de papel pasaron a los grandes cerebros del siglo a la fácil asimilación de nuestros ávidos entendimientos”.

³⁰ Reunidas en *Les deux Masques. Tragedie et comédie*, París, 1880, en tres volúmenes. En el primero, los grandes griegos: Esquilo, Sófocles, Eurípides; Aristófanes en el segundo; en el tercero, Shakespeare, *Hamlet* y el teatro francés. *Hamlet* (pp. 103-116), *Romeo y Julieta* (pp. 133-138).

³¹ *O. c.*, pp. 4-9. “Desde hace un siglo, *Hamlet* ha sido comentado e interpretado tan diversamente como el *Apocalipsis*. Cada cual comenta el poema a su modo, profundo como la muerte, emocionante como la vida. ¿Cuál es la fisonomía verdadera de ese misterioso personaje que, de momento se pone la máscara de la ironía, o velado bajo un torbellino de demencia no presenta nunca la cara? Los soñadores, lámpara en mano, dan vueltas alrededor suyo” (*O. c.*, p. 103). Uno de esos insomnes ha sido el Hostos madrileño.

³² Saint-Victor, *o. c.*, p. 4.

³³ *Ibid.*, p. 6.

³⁴ Con motivo del centenario de Hostos (1839), Lidio Cruz Monclova reedita y prologa el ensayo de Hostos publicado en *Las Antillas* (Barcelona) setenta y dos

años antes. Recuerda juicios europeos acerca de esa obra, *Romeo y Julieta*, (Schlegel, Hallam (1855), y Alberto Lacroix (1856). El primero ve en la obra el contraste entre lo transitorio y eterno en el amor; el segundo, la cautela contra las influencias malsanas en los criados; el tercero, la tragedia de un amor rodeado de odio y de rivalidades familiares. (*Romeo y Julieta*, 1867, prólogo de Lidio Cruz Monclova, Editorial Caguas, Río Piedras, 1939). El punto de vista diferencial de Hostos lo veremos más adelante.

³⁵ “El ensayo crítico de Hamlet es una obra maestra, y lo mejor en su género en lengua castellana sobre el drama del gran inglés”. Lo reproduce Eugenio Carlos de Hostos en *Hostos hispanoamericanista*.

³⁶ Un año más tarde escribe que se perdona a sí mismo las alambicaciones frente a la causa que persigue. “Perdonar es olvidar, y no es para olvidar, sino para recordar para lo que yo busco consejos de mi razón” (1,66).

³⁷ En agosto de 1868 llega abrumado a París; a “tranquila, reflexivamente desear la muerte” (1,80).

³⁸ “Como la impasiva Fortuna de Allighieri sigue impulsando imperturbablemente la rueda del Destino, sorda a reclamaciones y quejidos, aquella noche celestial de los amantes conocía ya el porvenir de aquel amor [...]. ¿Destino, fatalidad o providencia? [...]. Mi destino, mi fatalidad, mi providencia: ley de vida universal”.

³⁹ Según Dardo Cuneo en *La Vanguardia de Buenos Aires*, (1940).

⁴⁰ *Obras completas*, VIII, 6.

⁴¹ Ricardo Palma, “Miscelánea epistolar”, en *Tradiciones peruanas*, Aguilar, Madrid, 1969, pp. 1549. Nos pasó esta información el compañero profesor, e historiador, Francisco Tapia, muerto en 1993 (q.e.p.d.) Quizá lo que Ricardo Palma quiere decir es ‘escritor’, más que literato.

⁴² Blanco Bombona, *Hostos y Hamlet*, p. 15. “En sus trabajos exclusivamente literarios se descubre la inclinación a la frase mórbida, coloreada, voluptuosa. De los poetas habla en frases de poeta. Se comprende que sienta con interioridad...” *Ibid.*, p. 16.

⁴³ Julio César López, *l. c.*, p. 72.

⁴⁴ La producción global de Hostos, de por vida, Julio César López la estima (*l. c.*) en cuatrocientos tres artículos y libros. No señala la fuente de sus cifras.

⁴⁵ En *Hostos, peregrino del ideal*, pp. 412-413. Repite esta información en *España y América*, pp. XIII-XIV. Sus indagaciones nos parecen apresuradas. Había declarado que en la Real Academia Española no había nada de su progenitor. Precisamente por no hacerle caso, descubrimos nosotros allí el manuscrito de *La tela de araña* en 1991.

⁴⁶ Sobre lo cual se han hecho también ampulosas afirmaciones: “Malograda la revolución acaudillada en 1866 por su amigo el valiente general Blas Pierrad, Hostos pasó a Barcelona a preparar y dirigir la revista *Las Antillas...*” (Américo Lugo, “Los escritos literarios de Hostos”, en *Hostos, peregrino del ideal*, p. 184). Ni fue Pierrad quien acaudilló en solitario ese levantamiento (no Revolución) ni parece que fue tan valiente. Blasco Ibáñez, en su *Historia de la revolución en España*, lo ridiculiza ante un crucifijo, cuando su sitio estaba junto a los que estaban muriendo en la calle. Tampoco fue Hostos quien dirigió *Las Antillas*.

⁴⁷ Baldomero Cores Trasmonte, “La teoría y la acción en la obra de Hostos”, p. 165.

⁴⁸ Cores Trasmonte (*l. c.*, p. 159) recoge su teoría de la prensa. El libro circula con dificultad frente a la premura con que pide la opinión pública expresarse. Así nació el periódico, más manejable, divulgable, estimulante, rápido en la polémica, más universal, que permite a todo el mundo asomarse a todo cuanto sucede, rompiendo el monopolio que mantenían antaño el orden religioso, político y administrativo.

⁴⁹ Balseiro, *Blasco Ibáñez...*, p. 159.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 37.

⁵¹ En *Hostos hispanoamericanista*, p. 16.

⁵² “... y si yo digo que he podido ser una gloria literaria, un renombre en el periodismo [...] y que no he querido, y que he sacrificado gloria, renombre y posición a mis ideas, preferirán creer que el sacrificio, de existir, ha sido involuntario, producto de mi incapacidad práctica, de vicios de carácter, de inutilidad para la vida real, y no de categórica afirmación de virtudes morales e intelectuales” (1,206) ¡Esa cláusula equivoca, ‘el sacrificio, de existir...’ (!!!).

⁵³ Refiriéndose al año 1865, escribe en 1874 en Nueva York: “Hubiera bastado ser ambicioso, plegarse a los hombres, acomodarse a sus vicios, olvidar las grandes ideas o tomarlas solamente por su lado artístico. En lugar de hacerlo, me convertí en censor solitario de todas las faltas que se cometían en contra de la justicia y de la libertad. Para hacerme un poderoso yo no hubiera tenido más que escoger la escena, el teatro, el medio...” (2,138). Censores contra las faltas que se cometían contra la justicia y la libertad había tantos cuantos periodistas políticos. ¡Cómo puede decir que era él un solitario Quijote! Y en cuanto a las condiciones utópicas para convertirse en ‘poderoso’, morirá soñándolas.

⁵⁴ “Si no fuera yo un político, aficionado a la política, nadie me aventajaría en rastrear nuestra literatura” (Emilio Castelar, *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*, p. 219). Pero, “me gusta en literatura el género fantástico, porque aspira a un ideal; porque vuela, porque destila lágrimas, porque me recuerda la universalidad del dolor, porque me aparta de la detestable escuela realista”. Sabido es que tan renombrado orador es también ensayista y novelista.

⁵⁵ “Desde los doce años yo tenía una alocución fácil, abundante, arrastradota; era el embrión de un orador en futuro” (2,137).

⁵⁶ Propaga inexactitudes la propaganda en torno a su centenario en 1939. Como la del colaborador de la Enciclopedia Espasa (vol. XXVIII, p. 471), sin duda perteneciente al círculo de panegiristas compulsivos: “Cuando los preliminares de la revolución de septiembre se hallaba en Madrid, donde brilló como orador...”. Y todavía después, escribe Blanco-Fombona: “Era hombre de palabra fluida, conferenciante, expositor metódico, cosa muy distinta del vacuo palabrista teorizante” (*Hostos y Hamlet...*, p. 14). Y es preferible no reproducir los inventos de Juan Bosch en la materia.

⁵⁷ En *Índice hemero-bibliográfico*, p. 181.

⁵⁸ En *Los Quijotes* (San Juan), 21 de agosto, 1926, p. 8.

⁵⁹ L. Cruz Monclava, *Romeo y Julieta*, Río Piedras, 1939, p. 23. Anderson Imbert (*Historia de la literatura hispanoamericana*, I, p. 298) sin distinguir escritos, épocas o páginas lanza la siguiente pirotecnia verbal, similar a la de tantos indocumentados: “Hostos es original porque sabía autocontemplarse y descubrir matices personalísimos en el fondo de su alma. De este fondo, - tocado así por el espíritu, se levanta impetuosamente su estilo exclamativo, entrecortado, vivo, voluptuoso, colorido, mórbido, rico e imaginativo” (En Oraa, *Hostos y la literatura*, p. 58).

⁶⁰ En *Hostos hispanoamericanista*, p. 16.

⁶¹ En *Hostos, peregrino del ideal*, p. 421). “Así, en 1989, y al Dr. Guzmán Rodríguez por carta, nos pidió no publicásemos nada de él que pudiese parecer hiriente”.

⁶² Escribía Pardo Bazán a Montalvo en abril de 1887 señalándole finamente descuidos de ortografía. “¿Acaso no sé yo distinguir entre la ignorancia grosera y la distracción con que olvidamos lo que mejor sabemos y en el momento en que nos hace más falta?”. Tan fina escritora no consiente que su amigo pueda sentirse mal, y le hace esta confidencia: a una señora que le pregunta la fecha del nacimiento de San Francisco de Asís (¡a ella, biógrafa del santo!), no supo decírsela

⁶³ Repite en su *Diario* situaciones entre el ‘naufragio’ en la ‘fatal’ realidad de los acontecimientos ‘ingobernables’ y su desesperada reacción frente a ellos. Otras veces le brinda placeres esperanzadores la playa de sus nocturnos; como éste del 31 de enero del 70: “Aun cuando no tengo otro placer, hoy tengo el de pensar con método y paso todo el día ordenando mis ideas, mis pensamientos y mis actos, y reduciendo, tratando de reducir toda mi vida a la sencilla expresión que, con voluntad más **conscia** y más imperativa, le ha resumido siempre. ¡Con qué placer pienso en el momento que consagro a este estudio! [...]. Todo se refiere en mi pensamiento a esta hora de examen general, y gozo”.

⁶⁴ Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, ed. cit., p. 1549.

⁶⁵ “Lo que en su prosa reluce más y encanta, no es la palabra escogida, ni la frase bien compuesta; es el talento; es ese polvillo luminoso de ideas que a sus escritos abrillanta” (Bolet-Peraza, Introducción a *Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería*, Barcelona-Buenos Aires, 1906, p. 11).

⁶⁶ En *Hostos hispanoamericanista*, p. 109.

⁶⁷ En *La Soberanía Nacional*, 7 de octubre, 1867.

⁶⁸ Ver nota anterior.

⁶⁹ “Nada extraño que haya encontrado usted a esa bella diosa de las almas melancólicas que allí a orillas del Mediterráneo, a la vista de los Alpes y en la patria de Garibaldi, ese gran poeta de la espada, cuyas odas son asaltos, cuyos poemas son revoluciones de emancipación y sus estrofas combates heroicos...”.

⁷⁰ *Obras completas*, XI, 233.

⁷¹ Hostos, *Meditando...*, p. 98.

⁷² *Ibid.*, pp. 175-191.

⁷³ “De joven escribió versos amorosos, y conocemos un himno y dos odas patrióticas” (Pedreira, *Hostos, ciudadano de América*, p. 232).

⁷⁴ “Político verdadero es aquel que sabe utilizar todas las fuerzas, las pasiones y sus hombres entre ellas para dirigirlos a las satisfacciones de sus necesidades

sociales y materiales, intelectuales y afectivas, de momento y perdurables, que tiene una sociedad en su crisis y en su marcha regular” (1,282).

⁷⁵ Le escribe Pardo Bazán el 25 de julio de 1886: “Es poco cuanto puedo decir a usted en elogio del estilo; parece unas veces esculpido en bronce, otras en terso alabastro, y otras modelado en viva carne. Además, hay en tan larga invectiva toda la gracia necesaria para que ni un momento cese su lectura”. También Miguel Antonio Caro admira un conjunto de calidades poco común en escritores hispanoamericanos. “Estilo natural y vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada”.

⁷⁶ “Es quimérico extremarse en el lenguaje, defendiendo un purismo o pureza más violada que la Maritornes del Quijote” (Ricardo Palma, *o. c.*, p. 527). “No es tan numerosa y rica, como generalmente se propala, nuestra habla castellana. Noble, soberana, robusta, armoniosa, flexible y lógica en su sintaxis, que es el alma de toda lengua, convengo; pero, ¿rica? [...]. Tinta no poca he consumido probando lo contrario en mis librejos” (*Ibid.*).

⁷⁷ Sanz del Río, *Cartas inéditas*, p. 77.

⁷⁸ Hostos, “Cartas críticas”, en *Meditando...*, p.321.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 320-321.

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ *Ibid.*, p. 322.

⁸² “... como todos los que aspiran al laconismo conceptuoso, desde las *Empresas* de Saavedra hasta los juguetes literarios de Selgas, no sólo violentan la sintaxis particular del idioma castellano, sino lo que es más pernicioso, la sintaxis lógica” (*Ibid.*).

⁸³ “Hostos, que llegó a escribir páginas de fuerte y admirable sabor clásico, lo hace por temperamento y gusto naturales; nunca se preocupó por el ‘purismo’ del idioma o por las reglas de la retórica” (Pedro de Alba, en *Hostos hispanoamericanista*, pp. 105-112).

⁸⁴ Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, ed. cit., p. 1535.

⁸⁵ Es como lo llama Ricardo Palma en carta (1903) a Eugenio Carlos, citada más atrás.

⁸⁶ Ricardo Palma, *Tradiciones...*, p. 471.

⁸⁷ Hostos, *Meditando...*, p.325. El libro, dice, le ha renovado la tristeza que sintió por primera vez en Lima en 1871-1872: “La misma tristeza que sentí al pasear por las calles de Lima en la noche de mi llegada a la ciudad que no se ve sin pena ni se deja sin dolor. En esas lecturas, como en aquella noche, el pasado colonial de nuestra América Latina se me apareció como alma en pena que, no bien desterrada todavía, intenta quedarse en la memoria y el corazón de las gentes ya que no puede violar la ley de la muerte y las leyes de la vida [...]. Y aún no he empezado a decir lo que tiene de malo el libro que tanto le agradezco, y es deber mío decírselo”.

⁸⁸ Escribe displicente en Santo Domingo el 1 de enero de 1881: “Juan Pablo Richter, de quien no han oído hablar las nueve décimas partes de los microbios literarios que infectan con su genio o con su ingenio el mundo entero...”.

⁸⁹ “Negose la vocación literaria. Y consciente de que tenía mucho que trabajar, apartose del género puramente creador...” (J. A. Balseiro, *Expresión hispanoamericana*, pp. 103-104).

⁹⁰ “El mismo Hostos reconoce su falta de vocación literaria” (A. S. Pedreira, *Hostos, ciudadano de América*, p. 232).

⁹¹ *Ibid.*

⁹² Escribe Idearte: “Es un escritor, pero desposeía la profesión literaria [...]. Su preocupación ética, que a sus contemporáneos debe haberles parecido una monomanía, le rompe el gusto literario. Elogia por hombres buenos a algunos escritores mediocres, y cuando alaba a los buenos poetas es porque su credo político coincide con el suyo. No es que le falte sensibilidad, sino que está embarazado por su moralismo” (En *Hostos hispanoamericanista*, p. 132).

⁹³ “Sigue leyendo filosofía, sin cuidarse de la literatura, a la que considera un lujo, una frivolidad a la que él no puede tornar los ojos [...]. Por eso, usando y abusando de su férrea voluntad, mata una juventud de ensueños, corta sus alas de poeta, desprecia la fantasía y se sumerge en el estudio de los filósofos” (Raquel Romeo, “Eugenio M. de Hostos antillanista y ensayista”, en *Hostos, peregrino del ideal*, p. 355). ¡Esto sí que es fantasía, Raquel Romeo!

⁹⁴ *Obras*, VIII,10.

⁹⁵ *Ibid.* “Es una tarea tremenda”.

⁹⁶ *Ibid.*, 11.

⁹⁷ *Obras*, VIII, 24.

⁹⁸ López Morillas, *El krausismo español*, pp. 127-129.

⁹⁹ Decadentes para los románticos son los del naturalismo y del realismo; en cambio, decadentes para éstos son los románticos, y ambos movimientos, por igual, lo son para el krausismo.

¹⁰⁰ “Spencer y las buenas maneras”, en López Morillas, *o. c.* pp. 137-183.

¹⁰¹ No sin titubeos tampoco. Su menosprecio en cierta ocasión hacia “la mayoría perpetua”, por irracional (1,252), en momentos diferentes se convierte en comprensión hacia ella. Fumar, beber, jugar, “amar sin pudor”, en el hombre común, que no tiene acceso a los “placeres costosos”, es una necesidad del espíritu para el hombre “condenado al trabajo” (1,130-131) para que pueda seguir trabajando.

¹⁰² *Obras*, VIII, 6.

¹⁰³ *Ibid.*, 8.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 13.

¹⁰⁵ *Ibid.*

¹⁰⁶ *Ibid.* 23.

¹⁰⁷ Su corazón continúa “lastimado” (VIII,31). Apela a aquel fallo diez años después en Santiago de Chile. “Apelo su fallo”. Espera juicio diferente en territorio latinoamericano. “Quiero que renazca en el seno de América aquella concepción de mi alma americana”. No obstante, excelentes americanos, como Gómez de Avellaneda, habían triunfado en Madrid en la que llama él, despechado, “miserable república de las letras”. Sus juicios emocionales, universalizando incorrectamente, hacen estragos en sus páginas. Ignoramos lo que dijeron los literatos chilenos ante esos juicios, cuyo verdadero trasfondo les era desconocido. Esc Hostos, tras el

revés de *Bayoan*, había intentado salir premiado con otra novela nada menos que por la Real Academia de la Lengua (1865). Sin embargo, se presenta de la siguiente forma arrogante ante sus lectores chilenos. “Yo era entonces tan insobornable como hoy, y el mismo desdén que hoy me inspira me inspiraba entonces esa universal sociedad de elogios mutuos que, corrompiendo la crítica literaria y el criterio público, en todas partes exalta a las nulidades deferentes, exalta a las medianías complacientes, y hace guerra sorda, guerra de silencio y de malicia, al mérito consciente de sí mismo” (*Ibid.*, 24).

¹⁰⁸ Sólo un ejemplar de la edición de Madrid había llegado hasta Chile (VIII,22). Es “el libro que hoy busca la atención de Chile” (*Ibid.*). “Pienso publicar Bayoan, y este es un pretexto para acercarme a ella con el pensamiento: trato de crearme aquí una reputación y es el aplauso de ella lo que busco” (2,35). Su Ofelia en ese momento es una tal Manolina, quien le tiene eróticamente perturbado; “y seriamente, temo ponerme tan mal de espíritu como Hamlet, si no realizo yo este triste ideal”.

¹⁰⁹ *Diario* 2, 58. Sabemos, no obstante, que, en otro momento, Bayoan sí llora.

¹¹⁰ *Obras*, VIII, 6.

¹¹¹ *Obras*, VIII, 6.

¹¹² *Diario* 1, 26.

¹¹³ *Obras*, VIII, 12.

¹¹⁴ Edgardo Rodríguez Juliá, “Hostos romántico”, en *El Nuevo Día*, 8 de enero de 1899, pp. 9-10.

¹¹⁵ Luis M. Oraa, *Hostos y la literatura*, Santo Domingo, 1981.

¹¹⁶ “Yo, abnegación viviente, sentimiento hecho verbo, generosidad siempre dispuesta, reprobando lo que hace, condenando los medios de que se vale, alterno entre la admiración y el vituperio, entre la atención y el desdén, y veo sin temblar que me hago solidario de una responsabilidad que no he buscado y que detesto. ¡Oh, monte, acaba de parir tu ratoncillo!” (1,62).

¹¹⁷ Oraa, *o. c.*, p. 54.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 9.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 91.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 54.

¹²¹ *Ibid.*, p. 78.

¹²² *Ibid.*, p. 79.

¹²³ *Ibid.*, p. 84.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 85.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 90.

¹²⁶ Baldomero Cores Trasmonte, “La teoría y la acción en la obra de Hostos”.

¹²⁷ Arturo Dávila, “Hostos y las Escuelas cristianas”, *El Nuevo Día*, 8 de enero 1989, pp. 4-5.

¹²⁸ Mariano José de Larra, “Romanticismo y compromiso político”, en Manuel Muñón Lara, *Historia de España. Textos y Documentos de historia moderna y contemporánea*, Siglos VIII y XIX, Edit. Labor, 1985, p. 189. Azaña (*l. c.*, p. XIII) recomienda lo mismo respecto al gran purista, Valera, cultivador de los

clásicos del Siglo de Oro. No seguir a esos clásicos en cuanto castizos, sino para beber en ellos la ‘naturalidad’ del estilo.

¹²⁹ “En el día, numerosa juventud se abalanza ansiosa a las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas y derribando ídolos, proclama en el mundo la libertad moral, a la par de la física, porque la una no puede existir sin la otra. La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso...” (Larra, *l. c.*, pp. 190-191).

¹³⁰ *Ibid.*

¹³¹ *Ibid.*, p. 191.

APÉNDICE

Plan integral de la presente *Biografía de Hostos (1839-1870)*

Tomo Primero (1839-1851) Introducción. 1. 'Yo' en desarmonía. 2. 'Patriota sin patria, mártir sin cielo'. 3. Ansioso de renombre. 4. Primera estatua. 5. Necesidad de biografía. 6. Biografía primero. 7. Biografía por periodos. **I La familia Hostos Bonilla.** 1. Mayagüez 1839. 2. Inmigrantes dominicanos. 2.1 Los (H) Ostos antillanos. 2.2 Lo del escudo nobiliario. 3 Los (H) Ostos de Mayagüez. 2.4. Los Bonilla. 3. Campo de Mayagüez en que nace Eugenio María. 4. Circunstancias en que nace Eugenio María. 5. Laboriosidad de Don Eugenio. 6. 'Los buenos tiempos de mi familia'. 7. El conjunto familiar. 7-1. Los hermanos. 7.2 Doña María de Jesús Hilaria Bonilla (1807-1862). 7.3. Don Eugenio (H) Ostos Rodríguez (1807-1897). 8. La infancia latente en su biografía. **II. Niño arrogante, adolescente altivo.** 1. Primeros maestros, primeros libros. 2. Escolaridad progresiva en la Isla. 3 En el Liceo. 3.1 El Liceo de Mayagüez. 3.2 El Liceo de San Juan. 4. Generación escolar de Eugenio María. 5 El libro que se le apodera incondicionalmente del alma'. 6 Lo que cuestan los estudios de Eugenio María. 7. Destino, Bilbao. *Bibliografía general*

Tomo Segundo (1851-1862) III Estudiante en Bilbao. 1 Estudiante en Bilbao. 2 Adolescencia romántica. 2.1 Juventud puertorriqueña romántica. 2.2 Romántico por hispanoamericano. 2.3 Romántico por circunstancia española. 2.4 Romántico por temperamento. 3 Regreso a Mayagüez. 4 Inseguridad vocacional. ¿Llamado a...qué? 4.1 Militar imaginario. 5 De nuevo de Mayagüez Bilbao. 6 Alcance de la crisis en Bilbao. 7 De su crisis moral a moralista romántico. 8 Hacia el terrible año 1857. **IV Incapacitado para la Universidad (1857-1862).** 1 Camino de la Universidad. 2 Tiene que matricularse. 3 Desaparece su expediente académico. 4 Problema de Eugenio María con la Universidad. 5 Madrid, 1857. 5.1 Hospedajes y contactos. 5.2 La cátedra de El Café. 5.3 La vida en Madrid, otra 'cátedra'. 5.4 Habla el catedrático del siglo. 6 ¿Condenado a no gozar de juventud ninguna'. 7 Escribe su primer libro. 8 Experiencias con la primera mujer. 9 Tiene que viajar a Mayagüez. 10 En Mayagüez con sus papeles. 10.1 *La novela de la vida*. 10.2 *Cartas a un muerto*. 10.3 *La huella de Juan Pablo*. 11 Su madre 'asustada', 'centelleante' ante él. 11.1 Tristemente memorable 1860. 11.2 Tenso regreso a Madrid bajo supervisión materna. 11.3 Las fechas. 11.4 Sucede lo peor. 11.5 1862 Nueva fecha fatídica. 11.6 Sin mamá y sin Universidad. 11.7 Desgraciado 'siempre'. 12 Por tercera vez a Puerto Rico. L3 Se hunde en la nada. Introducción a Bayoan.

Tomo tercero (1862-1865) V 'Bayoan', drama biográfico complicado (1862-1864). 1 1862, nueva fecha fatídica. 2 La gestación de 'Bayoan'. 2.1 De su madre muerta a 'Madre isla'. 2.2 Eugenio María se metamorfosea de 'Bayoan'. 2.2.1 Salida imaginaria de Mayagüez hacia la gloria. 2.2.2. Salida imaginaria de Mayagüez hacia el dinero. 2.2.3 Salida imaginaria de Mayagüez hacia la vida pública. 2.2.4 Sobre toda otra cosa, poder salir de Mayagüez. 3 Precursores puertorriqueños de 'Bayoan' 3.1 Otro precedente antillano de 'Bayoan'. 4 Literatura precipitada. 5 Libertad romántica por escrito. 6 Romántico en alta mar. 7 Bayoan amando en Madrid. 8 Conciencia obsesiva más que literatura. 9 'Aquí me tienes, Madrid'. 10 Madrid personificado. 11 El formato de Diario de 'Bayoan'. 12 Juan de Dios de la Rada y Delgado. 12.1 Las visitas a Rada y Delgado. 12.2 Con los amigos de Rada. 13 Las vísperas del gran revés. 14 Fracasa su plan 'Bayoan'. 15 'Bayoan' y *El Doctor Lañuela* 16 Herido para toda la vida. 17 Aparece otra mujer. 18 Encadenado a su pluma. 19 El plan 'Bayoan' y el Comité de las Antillas. 20 Desesperado en Madrid. 21 Un concurso de la Real Academia de la Lengua. 21.1 Novelas que se presentan a concurso. 21.2 Presentación de *La Tela de Araña*. 21.3 La urdimbre de *La Tela de Araña*. 21.4 Valor autobiográfico de *La Tela de Araña* 21.4.1 *La Tela de Araña* krausista (capítulo primero). 21.4.2 *La Tela de Araña* krausista (capítulo segundo). 22 Se refugia en el periodismo madrileño. 22.1 Periodismo e intelectualidad en Madrid.

Tomo cuarto (1839-1869). **VI. Internándose aún más en territorio maldito.** 1 Después de Bayoan y de *La Tela de Araña*. 2 'Esa época maldita'. 3 El Ateneo Científico, Literario y Artístico. 3.1 Eugenio María y el Ateneo de Madrid. 3.2 El Ateneo de Madrid en Eugenio María. 4 Ateneo y Krausismo. 4.1 Ateneo y 'sanzismo'. 4.2 'Sanzismos' en Hostos. 4.2.1 Antiecléctico (¿). 4.2.2 La sonda, la armonía, la educación. 4.2.3 Sociología política y filosofía de la historia. 5 Juventud entre la que se mueve en Madrid Eugenio María. 5.1 'Amigos afectísimos... como Giner'. 5.2 Giner y Hostos en los grupos 'sanzistas'. 5.3 Hostos recuerda a Giner. 5.4 Giner recuerda a Hostos. 6 Francisco Giner al frente de la juventud krausista de Madrid. 6.1 El espíritu de Giner en el de Hostos. **VI-I. Del grupo krausista a la acción en grupo.** 1 Crisis en la Universidad Central y Noche de San Daniel. 1.1 La prensa en acción. 1.2 Castelar de por medio. 1.3 Ataca el ejército. 1.4 El ataque visto desde el Ateneo. 1.5 La carta de Hostos a *La Iberia*. 1.6 La Noche de San Daniel en la Revolución peninsular. 2 Del Ateneo a la Revolución. 2.1 El Ateneo de izquierdas. 2.2 'Yo soy violento'. 2.3 Idealismo revolucionario. 2.4 Filosofía revolucionaria del joven Hostos. 3 En la Asociación para el Progreso de las Ciencias Sociales. 4 En la Asociación de Amigos de los Pobres. 5 En la Sociedad Abolicionista Española. 5.1 El proceso abolicionista en la Isla. 5.2 El proceso abolicionista en la Metrópoli. 5.3 La Sociedad Abolicionista Española. 5.4 Vizcarrondo y Hostos. **VI-II. En el fragor de la prensa madrileña.** 1 No puede irse del periodismo literario. 1.1 Periodismo krausista. 1.1.1 *Monólogo de un sediento*. 1.1.2 *El Calabozo. Pesadilla*. 2 Amarga entrada en el periodismo político. 2.1 Hacia el periodismo partidista. 3 Ensayo sobre la ambición política. 4 Origen del periodismo político en Hostos. 4.1 Origen del partido revolucionario a que se afilia Hostos. 4.2 El Partido Progresista al afiliarse Hostos. 4.3 El Partido Progresista en el partidismo político peninsular. 5 De republicano progresista a republicano federalista. 5.1 Progresismo y federalismo. 5.2 'Yo soy federalista'. 5.3 Federalismo de Hostos. 6 El laberinto del periodismo político. 6.1 Entrada al periodismo político por *La Iberia*. 6.2 Periodismo político en Madrid. 6.3 Periódicos del Gobierno y periódicos de la Revolución. 6.4 Hostos en los periódicos de Madrid. 7 El periodismo político de Hostos. 7.1 Americanismo en el Partido Progresista. 7.2 Antillanismo en el Partido Progresista. 7.3 Ideología progresista en el antillanismo de Hostos. 7.4 Los presagios del cataclismo colonial. 8 Unión con España, no independencia.

Tomo quinto (1866-1868). **VII. Madrid, 1866.** 1 El año 1866. 1.1 El Madrid trepidante de 1866. 2 Bayoan se siente español 3 Ruiz Belvis en Madrid. 4 También se respira revolución en la Península. 5 Los militares toman posiciones. 5.1 Militares y políticos de 1866. 6 Por tercera vez su angustioso problema universitario. 6.1 Se le ha hecho tarde para ser abogado. 6.2 Indeciso entre salir de Madrid o seguir indeciso. 7 Él y los comisionados de Puerto Rico. 8 No puede con los estudios universitarios. 8.1 Se autodiagnóstico impedido académico. 8.2 Autodidacta. **VIII. Eugenio María por dentro. Su Diario.** 1 El tercer Diario. 1.2 Radiografía mental que deja en su Diario. 1.3 Su Diario entre los Diarios decimonónicos. 1.4 Historial de sus Diarios. 2. El problema autobiográfico. 3. Motivos autobiográficos de Eugenio María. 3.1 El motivo de regular su conducta. 3.2 El motivo krausista. 3.2.1 Por qué no le funciona el motivo krausista. 3.3 El motivo de aliviar sus estados de ansiedad. 3.3.1 Malestar de conciencia. 3.3.2 Malestar de angustia. 3.3.4 Malestar con el deber. 3.4 El motivo del renombre. 4 Más radiografía de su Diario. 4.1 Comportándose hacia dentro y desde 'dentro'. 4.1.2 Pesimismo depresivo. 'Siempre he sido desgraciado'. 4.4 Pesimismo-nihilismo pendulares. 4.1.4 Pesimismo nihilista. 4.1.5 Él y los demás. 5 'Incógnita indespejable'. 'Yo mismo no me entiendo'. 5.1 "Yo, yo... naturaleza vagabunda". 6 Eugenio María adolescente-adulto. Perfil de personalidad. 6.1 'Personalidad dolorida'. 6.2 El sentimiento básico de la personalidad. 6.3 "Yo, naturaleza anormal". 6.3.1 Sufrimiento mental anormal. 6.3.2 ¿Predestinado al dolor'. Fatalismo y neurosis. 6.3.3 "Estoy mal, loco o suicida". 6.4 A propósito de salud mental. 6.4.1 Con el joven Eugenio María hacia el consultorio del psicólogo. 6.4.2 Condición, trastorno, desarreglo, desorden... 6.4.3. 'El desarreglo de mi espíritu', y "mi perpetua angustia" en consulta. 7 Lo 'hostosiano' bajo indagación. 7.1 Aproximación a 'lo hostosiano'. 8 El primer Eugenio María y el Hostos posterior. **IX. Madrid-Barcelona-hacia el Perú.** Preludio revolucionario en la Península y en Puerto Rico. 1.1 Federalismo y antillanismo. 1.2 Preámbulos separatistas en Puerto Rico. 1.3 Avanza la Revolución en la Península 2 Eugenio María en el 67. 2.1 La librería Durán. Su tercer fracaso editorial. 2.2 De nuevo en manos de Ramos. 3 Entrando en el 68. 4 En Barcelona, Director de *El Progreso*. 4.1 Fracasa *El Progreso*. 5 Duelo a pistoletazos. Moralista desmoralizado. 6 'Mis conatos de amor' en Barcelona. 7 Camino del Perú. 7. Contactos con los exiliados políticos en París. 7.2 A merced de

Castelar. 7.3 Castelar tenía razón. 8 Los veintinueve días en París. 9. Triunfa la Revolución en la Península. 9.1 Un colega de Eugenio María analiza la Revolución. 9.2 Años después analiza Eugenio María esa revolución. 10 ¡Imagina que conspiró en 1668! 11 Los exiliados se precipitan hacia la Península. Se queda solo en París.

Tomo sexto-I (1868-1869) X-I *Madrileño por última vez.* 1 En el Madrid de la Revolución. 2 Análisis eugenio-mariano de la Revolución sobre la marcha. 3 La triunfante Revolución liberal y los liberales reformistas de Puerto Rico. 4 Antecedentes mayagüezanos de la rebelión de Lares. 5 Los liberales reformistas puertorriqueños y el Grito de Lares. 5.1 El acontecimiento de Lares juzgado por la mayoría puertorriqueña. 5.2 Eugenio María en Madrid ante la noticia de Lares. 6 Estrategia electoral hacia el nuevo Parlamento de la Revolución. 7 Por primera vez se expresa Eugenio María en público en el Atenco. 7.1 El tema. 7.2 El tema, continental desde la Revolución Francesa. 7 Un tema generacional. 7.4 Opciones ante la Revolución: monarquía, república, república federal, destino de las Antillas españolas. 7.5 Orden de las ponencias. 7.6 La exposición de Hostos. 7.7 El texto. 7.8 “Mi tarda manera de expresar mi pensamiento” (1,98). 7-9 Reacción del auditorio. 7.10 La posición de Hostos. 7.11 La posición de Hostos en conflicto con la prensa antillana de Madrid. 7.12 El texto de la carta. 7.13 Las ‘seis rectificaciones que tuve que hacer’. 7.14 “Hay una vergüenza terrible, que es la que se siente cuando uno se encuentra fuera de la realidad” (2,29). 8 Entrenamiento liberal español de Hostos. 8.1 España ante las exigencias revolucionarias. 8.2 El contradictorio liberalismo español. 8.3 Liberalismo progresista en España, potencia colonial agonizante. 8.4 Liberalismo, federalismo, americanismo. 8.5 Federalismo y nacionalismo. 8.6 Nacionalismo, federalismo, antillanismo. 8.6.1 Europa ante los Estados Unidos del Norte y la otra América.

Tomo VI-II (1868-1870) X-II. *1869, último año en España.* 1 Arrogancia golpeada. 2 Consigue acceso al presidente del Gobierno. 3 La candidatura de Hostos a diputado por Puerto Rico. 3.1 El proceso electoral en Puerto Rico. 4 La nueva Constitución. 4.1 Hostos ante la nueva Constitución. 4.2 Hostos y el debate constitucional. De nuevo Castelar. 5 No sale elegido diputado. 5.1 Políticamente anulado, y desorientado. 5.2 El escenario le rechaza, y él al escenario. 5.3 Triste adiós a Madrid, y a otra mujer. 6 Correspondencia con Puerto Rico. 6.1 Carta a su padre desde Madrid y cartas de su padre. 7 De un partido revolucionario al individualismo revolucionario. 7.1 Titubea en París. 7.2 Se precipita al abandonar la escena peninsular. 7.3 Chasco en Nueva York. 7.4 Su ‘error de entusiasmo’. 8 Frente a frente de Betances. 8.1 Desajustado en el grupo. 9 El Madrid político que dejaba atrás. **X-III. *Nacionalidad y patria de Hostos.*** 1 Etapas en el sentimiento nacional de Hostos. 2 Sentimiento español de Hostos. 2.1 Grandes puertorriqueños españoles. 2.2 Nacionalidad indefinida. 2.3 Patria de conquistadores. 2.4 Las patrias de Hostos. 2.5 Teoría de la patria. 3 Patria relativa, independencia relativa. 3.1 Independencia y nacionalidad. 3.2 La nacionalidad en confederación. 3.2.1 El pensamiento de nación en Pí y Margall. 4 Bayoan y el federalismo a lo Castelar. 4.1 Hostos y el federalismo revolucionario aplicado de Pí y Margall. 4.2 Puerto Rico en riesgo de caer en órbita de la confederación norteamericana.